



Papelucho

detective



Marcela Fdez

Marcela Paz

PAPELUCHO DETECTIVE

PAPELUCHO - 04



Querida mamá:

1°.- No estoy perdido así que no se ponga nerviosa.

2°.- Tampoco se enoje porque lo que pasó pura fatalidad.

3°.- Si tiene quinientos pesos puede venir buscarme a la policía de Renca. Si no los tiene véndale mi rifle al lechero, que lo quiere comprar.

4°.-Yo estoy tranquilamente detenido, pero no preso.

Y le voy a explicar lo que pasó porque a usted le habría pasado lo mismo. También pienso que si usted estuviera detenida, su mamá la iría a buscar, aunque le costara quinientos pesos. Usted dice que la media suela de un zapato vale quinientos pesos, así que no es mucha plata.

El sargento Neri, que es amigo de la Domi, me prestó papel y lápiz para que le escriba a usted y él mismo le va a llevar la carta esta noche.

Hay bastante gente en este calabozo así que no da miedo. Todos están durmiendo y roncando menos yo. Hay un ratón sin cola que le come el pan duro al Chirigüe, y aunque lo tiene en el bolsillo ni lo siente.

A lo mejor usted ni se acuerda quién es el Chingue.

Las cosas pasaron así:

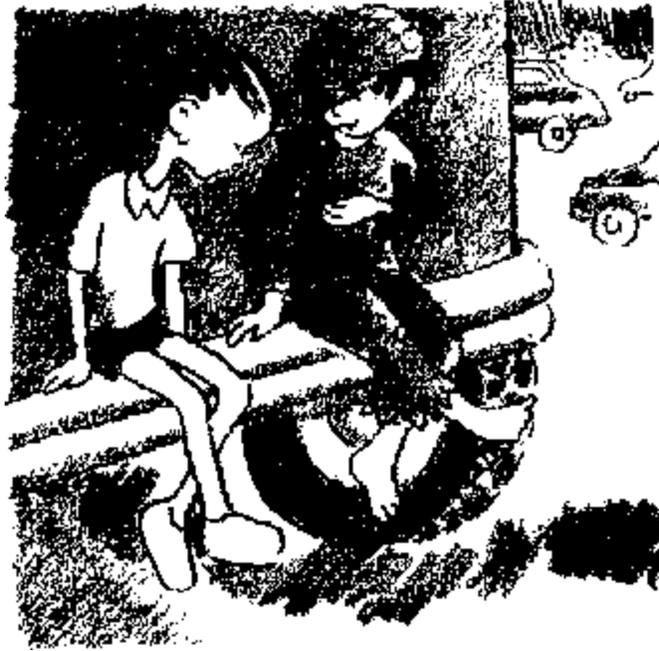
Esta mañana, cuando usted salió, yo me fui a la puerta a esperarla porque le iba a pedir permiso para algo que no me acuerdo. Y cuando la estaba esperando pasó por ahí el Chingue y nos pusimos a conversar. ¿Se acuerda de ese amigo mío que vivía en el fundo de la tía Rosarito? Ahora vive en Santiago, porque estaba durmiendo en un tren y cuando despertó, el tren estaba en Santiago. Y resulta que él se había encontrado en la calle una cosita de oro pero no sabíamos ni para qué servía. Pero tal vez valía como un millón de pesos. Y yo le dije que si la vendía, él se podía comprar una motoneta, pero él me dijo que si la llevaba a vender lo tomaban preso porque iban a pensar que se la había robado. Y yo le dije que él era un pesimista y él me dijo que no entendía lo que era eso, pero que él sabía muchas cosas que yo no sabía.

Y así nos fuimos discutiendo y discutiendo y de repente llegó su micro y él se subió. Y yo también me senté en el parachoques porque lo quería convencer. Pero era tanta la bulla y el humo del motor que no había caso. Y ni nos dimos cuenta cuando llegamos a la población y nos bajamos.

Entonces él me vendió la cosita de oro en cincuenta pesos y yo me la eché al bolsillo para regalársela a usted y le di mis cincuenta pesos. Y nos fuimos a un almacén y comimos unas galletas blandas como género y un pedazo de jamón color café y seco.

—Quiero ver tu casa -le dije al Chirigüe.

—Es un rancho por allá... —y me apuntó con la pera un montón de castichas hechas de palos, cartones, latas y sacos.



La cuestión es que lo convencí de que me la mostrara y fuimos a verla.

La población era como una cancha de fútbol, pero sin cancha y no tiene ningún peligro. Son toda gente conocida. Y hay que caminar miles de kilómetros al sol y pasar un zanjón lleno de cáscaras de sandía. El Chirigüe me contó que ahí se ahogó una guagua y también siete mujeres de amor. Hay un árbol viejo sin ninguna rama porque se usan de leña y hay un basural inmenso que sirve para encontrar cosas perdidas y juntar latas, papeles, trapos que se venden, etc. Y lo que no sirve se vende como tierra de hoja. Así que no importa que sea un poco fétido porque es como una verdadera mina.

Pero lo que pasó fue bastante terrible y casi no sé cómo empezar a contárselo.

Cuando íbamos caminando a la casa del Chirigüe, había un tremendo boche en la puerta de un rancho y un hombre le pegaba a otro y una mujer gritaba como una verdadera radio. A nadie le importaba mucho porque parece que en esta población la gente discute así. Lo único malo era la

mujer que gritaba, pero como nadie le hacía caso, la mujer se calló. Resulta que el que ganó la discusión se fue y el que perdió quedó tendido en el suelo con su sangre. Yo le dije al Chirigüe:

—A lo peor está muerto...

Pero él se rió.

—Está borracho, como todos los días —contestó. Yo no me convencí y me acerqué a él.

—Oiga —le dije al hombre—. ¿Quiere una aspirina?

Pero él me miró con ojos de rinoceronte y escupió sangre. Yo sabía que escupir sangre es lo más grave que hay. Después revolvió los ojos y los dejó arriba y yo me aseguré de su muerte.

Me fui donde el Chirigüe que estaba jugando con otros cabros, pero no podía pensar más que en el muerto. Yo sentía que era mi obligación ayudarlo, pero ahora pienso que tal vez era una tentación del demonio. Porque todo lo que pasó fue por culpa de eso.

—Oye, Chirigüe —le dije—, si ese hombre no está muerto, está agonizando.

Resulta que otro chiquillo se interesó y nos fuimos los ocho a verlo. Y le hicimos cosquillas y le tiramos el pelo y no pestañeó. Entonces nos convencimos de su muerte.

—Hay que esconderlo —dijo el Rubio, que era el más grande—. Porque si no va a haber rosca...

Así que lo pescamos entre los ocho y lo llevamos al basural y lo dejamos bien tapadito con basura. Estaba completamente muerto porque ni chistó. Y lo más raro es que a nadie le importó nada que lo enterráramos sin coronas. Ni preguntaron por él. Sólo que en ese momento al Chirigüe lo llamó su tía y entramos al rancho. Ella le dio un coscacho en la cabeza y lo insultó.

—Pelusa... que te llevai palomillando en vez de hacer lo que te mandan -le dijo.

—Pero si jui onde me dijo —alegó el Chirigüe.

—¿Y cuál es que lo trajiste?

—Pero si no estaba el julaho...

—¿Y quién te manda a ponerte a jugar con este pijecito?

—Pero si apenita llegué no má...

—¿Trajiste algo pa'l desayuno?

El Chirigüe se dio la vuelta los bolsillos rotos y se rascó un pie con el otro.

La tía le dio otro coscacho y empezó a hablar de que no tenía ni azúcar para una agüita ni pan duro. Había un mocosito bien gordito con romadizo colgado que empezó a llorar. La tía le pasó un choclo amarillo y lo sentó en el suelo. El chiquillo se calló y chupaba y chupaba la coronta.

—Oye —le dije al Chirigüe—, ¿por qué no vendimos algo mío? Tu tía no ha tomado desayuno.

El Chirigüe me miró de arriba a abajo, como si nunca me hubiera visto y después me pellizó la camisa.

—Yo sé quién te puede comprar tu camisa —dijo.

Fuimos a otro rancho y negociamos la camisa. Nos dieron veinte pesos y una polera usada. Me quedaba chica y rota pero ya no me dirían "pijecito". En el almacén compramos azúcar, pan y dos pirulines y le llevamos las cosas a la tía. Ella no nos dio ni las gracias y se puso a hacer fuego y hablaba todo el tiempo mal del Chirigüe. Después nos dio una agüita de azúcar tostada bien calentita y el gordito con romadizo dejó la coronta y también tomó. Cuando de repente la tía se puso más furiosa y nos preguntó:

—¿Y ustedes qué andan haciendo con el Chato? ¿Quién los manda meterse en roscas?

El Chingue no contestó, así que yo le expliqué:

—Ese señor estaba muerto, por eso lo enterramos...

—¿Muerto? —y puso los ojos bien redondos mirando al Chirigüe. Él le dijo que "sí" con la cabeza y siguió tomando agüita, pero la tía metió una pelotera de cosas.

—Si está muerto —decía— va a venir el auto-patrulla y toditos a declarar. Ustedes los primeritos. Y al Bonito lo van a secar en la cárcel si no lo matan... ¿Estás bien seguro de que está muerto el Chato? —le volvía a preguntar al Chirigüe.

En fin que en eso el niño con romadizo metió una manito gorda al fuego y comenzó a chillar y la tía se olvidó del muerto buscando aceite para curarlo.

Aproveché para irme y de repente divisé al Bonito, que era el hombre que discutía con el Chato, y fui corriendo donde él.

—Oiga, señor —le dije—, sería bueno que usted se escondiera o tal vez se desapareciera porque el Chato se murió y lo van a tomar preso.

Me tapó la boca con su mano negra y me llevó a un lado.

—¿Quién te dijo eso? —me preguntó con voz de trueno.

—Yo lo vi y todos lo vimos. Pero ya está enterrado...

—¿Enterrado? ¿Quién lo enterró?

—Nosotros con el Chirigüe.

—¿El Chirigüe? ¿Dónde está ése?

El Chirigüe se había desaparecido, pero allá lejos, corriendo por el puentecito del zanjón se veían sus piernas. El Bonito me pescó de un brazo y echó a correr conmigo. Corríamos como a cien kilómetros por hora y no lo agarrábamos.

Por fin llegamos a una calle, justo a tiempo para verlo subirse a una micro. El Bonito me soltó y acezaba y acezaba más que una locomotora antigua.

Apenas me moví, él me pescó de nuevo con su garra.

—¿Quién sois vos? —me preguntó.

—Papelucho —le dije.

—¿Sois de aquí?

—No. Vine con el Chirigüe.

—¿Tenis familia?

—Claro... y ahora mismo quiero irme a mi casa.

—No tan ligero, amigo. Tú te quedas conmigo.

Yo traté de soltarme de su garra, pero él apretaba más y más.

—Me duele —le dije.

—Andando —ordenó como un militar. Y comenzamos a caminar por una calle y fuimos a dar a un bar oscuro. Él no me soltaba y yo pensando todo el tiempo cómo me podría escapar. Porque el Bonito me daba un poco de miedo por lo callado. También yo quería saber lo que íbamos a hacer.

Se sentó en una mesa y pidió un Chacolí. Le trajeron un vaso grande de tinto. Y me acordé de la sangre del Chato. Me revolvió el estómago verlo tomar.

Yo no sabía lo que él pensaba, siempre pescado de mí brazo. Yo quería conversar para saber algo.

—Oiga —me salió como carraspera—. Yo le vine a avisar lo del Chato para que usted se escape ¿Por qué no me deja ir?

—Porque tu boca es habladora. Tendrás que ser mudo por unos días...

—Es que yo le prometo no decirle nada a nadie —le dije.

—Es que yo no me fío.

—Es que yo le avisé a usted para que se salvara. Porque usted no había pensado matar al Chato. Estaban discutiendo...

El Bonito se puso a pensar de nuevo. Tenía la cara como ploma y la nariz colorada. Le temblaban las manos y le costaba respirar.

—Me gustaría irme a mi casa —le dije.

—Cállate —bufó—. Déjame pensar...

Se abrió la puerta del bar y él dio como un salto. Sus ojos parecían dinamita. Entró un hombre chato y chorreado y se acercó a la mesa.

—Vine a avisarte —le dijo—. ¿Sabes ya?

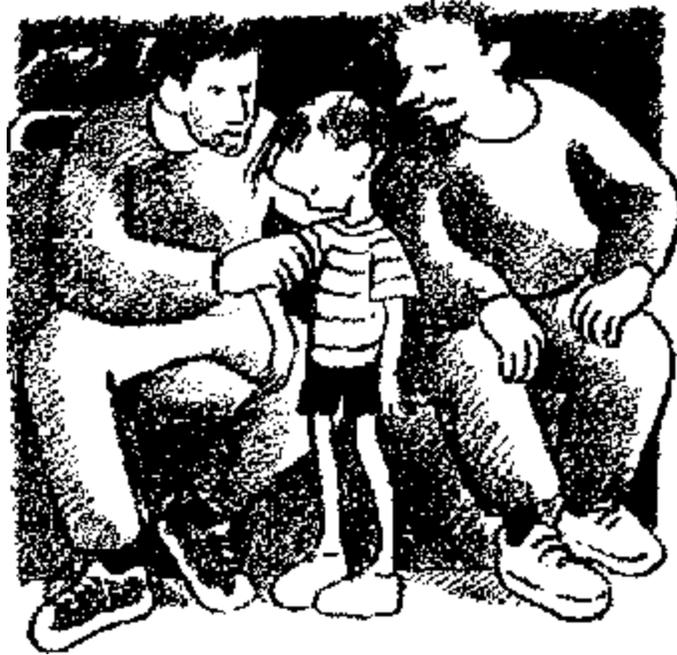
El Bonito dijo que sí con la boca apretada.

—¿Es cierto entonces?

—Cierto.

—¿Quién lo descubrió?

—La Roja. Cuando te vio correr con este cabro detrás del Chirigüe le dio la corazonada y averiguó. Armó la gritería y ya fueron a dar el aviso...



El Bonito se paró de un salto y me apretó el brazo. Sacó un billete y lo tiró sobre la mesa. Los tres salimos muy ligero del bar.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé. Por ahora esconderme. Hablar Santelices después. Él conoce abogados.

Nos subimos en un micro. Los dos se sentaron y yo parado con la mano del Bonito en mi brazo. ¿Dónde nos iríamos a esconder? -pensaba yo. Y se me ocurrían muchas ideas, pero no me atrevía a decirlas. Tal vez lo mejor era irnos a mi casa. Nadie pensaría buscarlo allá.

—¿Tenis plata? —le preguntó el otro.

—Poca. ¿Para qué?

—Para tomar un tren. Irte bien lejos...

Nos bajamos de repente. Era cerca de la estación. Yo pensaba que íbamos a viajar. El Bonito hablaba en voz baja con el otro y de repente sentí otra mano en mi otro brazo. Pensaba dejarme preso con el amigo. Di un

tirón y me solté de los dos, pero antes de correr mucho me habían alcanzado.

Un feroz pellizco me asomó lágrimas a los ojos.

—Si volvís a tratar de escapar te va a doler toda la vida —me dijo el Bonito. Y a su amigo—: tú te encargas de él y del Chingue. Creo que lo encontrarás en la pastelería... —y se apartó de nosotros. Lo vi irse a la estación y me habría gustado más bien irme con él porque era más conocido. Este otro hombre era muy antipático.

—Andando —me dijo y caminamos como un año sin hablar palabra. Su garra era menos dura pero más firme.

Por fin llegamos a una pastelería. Los pasteles tenían moscas y unas cosas como cortinas encima. No daba hambre. Vi al Chirigüe que desaparecía detrás de una cortina, pero el hombre me arrastró y lo seguimos. Era un cuartucho lleno de cajas sucias y una cocina con humo.

—Tú vas a venir conmigo, Chirigüe —le dijo el hombre—. Los dos se quedan conmigo hasta mañana. Nadie les hará nada si no tratan de escapar... si hacen algo, verán lo bueno...

No parecía tan malo después de todo. Nos compró un caramelo y nos llevó a su casa. El Chirigüe no me hablaba y miraba enojado todo el tiempo.

La casa del Orocimbo era como sala de espera. Tenía suelo de tablas y una mesa con florero. Había un mueble con tres copas de campeonato y un retrato hinchado con marco y el Orocimbo adentro vestido de campeón.

La señora de él era gorda y colorada y de una sola pieza. Nos miró como con rabia pero después se le olvidó. Le echó la llave a la puerta, se la guardó en el bolsillo y siguió haciendo sus cosas. El Orocimbo se sentó en el patio a leer el diario. La señora picaba cebolla y más cebolla.

—Te dije que no te metieras —habló por fin el Chirigüe.

—Pero así se va a salvar el Bonito. A nosotros no nos pasará nada...

—Ojalá —el Chirigüe miró al patio.

—Me gustaría llamar por teléfono a mi casa para avisarle a la Domi que me voy a atrasar... —le dije. Soltó la risa.

—¿No entendiste lo que te dijeron? Pareces caído del catre... De aquí no nos movemos hasta quién sabe cuándo...

—Yo tengo que avisarle a mi mamá.

—¡Cuidado! Yo no quiero pagar por ti. Quietecitos los dos.

Me puse a pensar. Todavía era la mañana y la cebolla frita me hacía sonar las tripas. Me dieron unas ganas tremendas de almorzar. La señora de Orocimbo estaba transpirando.

—Si quiere yo le frío la cebolla —le dije. Me miró un poco y me pasó la cuchara. Yo empecé a revolver y ella sacó un pedazo de carne y lo picó. La cebolla frita era deliciosa. Se me caía el jugo de la boca y tuve que probarla. Me quemé un poco y por suerte nadie me vio. Yo ya ni me acordaba de por qué estaba ahí y se me había ido el susto y lo único que tenía era hambre. Y como ya no aguantaba más le pregunté a la señora:

—¿A qué hora almuerza usted?

—¿Y qué le importa al mocoso insolente? —me contestó.

—Es por si quiere que le lave los platos —dije— y si sobra un poco...

—El pobre siempre tiene que dar —dijo—. Si tienes hambre, siéntate y sírvete...

Los dos con el Chingue nos sentamos con un buen plato cada uno y los dejamos limpiécitos. El Orocimbo y ella se comieron toda la fuente y ni hablaban por comer. Pero cuando acabaron de limpiar el plato con el pan, ella se tiró un buen flato, y con la llave en el bolsillo, se acostó de boca en la cama. La llave quedó debajo de ella. El Orocimbo se estiró no más, sacó un tremendo revólver del bolsillo, lo dejó sobre la mesa, puso los brazos encima y se durmió como en su almohada.

Resulta que no pude terminar mi carta porque también me quedé dormido. Y por culpa de eso no se la mandé tampoco. Así que pienso que usted debe estar confundida de no saber de mí, pero supongo que se estará acostumbrando.

Mientras ellos roncaban, el Chirigüe se puso nervioso.

—Tenemos que irnos —me dijo.

—Yo estoy listo —contesté—. Pero, ¿cómo salimos?.

—Haz lo que yo te diga.

El Chirigüe estaba muy serio y hablaba en secreto. Yo lo miré que salpicaba unas gotas de parafina con el depósito de la cocina, después mojaba papeles en la ídem y los repartía por todo el cuarto.

—¿Qué vas a hacer? -le pregunté.

—Lo tengo muy pensado —me dijo—. Es el único modo de escaparnos. Hay que asustar a estos gallos...

Cuando yo le iba a preguntar si iba a hacer fogata, el Chirigüe sacó fósforos y a todo escape prendió los papeles y la parafina por todos lados.

Se llenó el cuarto de llamas y de humo: —¡Incendio! —gritó el Chirigüe, y don Oro se despertó como loco.

Se armó el boche, tiraba agua, maldecía, tiraba todo y gritaba dando patadas. Ella no despertó, pero él manoteando y tosiendo abrió la puerta de un tirón para que saliera el humo. Junto con el humo salimos el Chirigüe y yo, corriendo por la calle como un cohete. No paramos hasta llegar a la orilla de un zanjón y nos dejamos caer por una pasada de agua y llegamos a una especie de cueva con piedras.

El Chirigüe se sentó a descansar, escupió y se sobó un pie. Yo tenía puntada.

—Aquí no nos encontrará —dijo—. Esta es la cueva del Soto.

—Yo prefiero irme a mi casa —le dije. Pero el Chirigüe se había puesto como furioso y sus ojos estaban tan negros como una sartén.

—Tú no te mueves —dijo y sacó del pantalón el revólver de don Oro.

—¡Chitas! —dije yo—. ¿Y está cargado?

Lo empezamos a examinar, pero él no me dejaba ni tocarlo, como si fuera suyo. Era un revólver macanudo, de los antiguos y con cinco balas. Pero el Chirigüe no me tenía confianza.

—¿Lo vas a vender? —le pregunté—. ¿O se lo vas a devolver a don Orocimbo?

—Lo voy a guardar —me dijo—. Puedo necesitarlo algún día. Por lo demás yo sé que don Oro se lo robó al Quemao...

Y lo escondió entre las piedras. Después tapó todo con papeles, y basuras y se puso a pensar.

—Yo quiero irme a mi casa —le dije otra vez.

—Tú te irás a tu casa en la noche. Y no vas a soplar ni media palabra de todo esto porque te costaría bien caro.

—¿Y qué vamos a hacer hasta la noche? Es apenas después de almuerzo... —le dije.

—Tú no me dejas pensar —contestó y volvió a poner los ojos terriblemente negros.

Mientras él pensaba, yo empecé a mover las piedras para ver los tesoros de la cueva de Soto. Había un montón de cosas sucias y viejas, y también un reloj, cubiertos y máquina fotográfica. Se veía que Soto era ladrón. Y el Chingue debía ser su amigo si conocía la cueva.

—Oye —le dije—. ¿Tú eres amigo de Soto?

—Es mi padrino —dijo.

—¡Chitas! —dije yo—. ¿Y cómo es?

—Bien macizo —contestó.

—¿Es ladrón, no?

—No, es cogotera —dijo y soltó la risa. Pero se puso serio *de repente* y me preguntó—: ¿Sabrías llegar hasta aquí solo?

Meneé la cabeza. No me acordaba palabra por dónde habíamos corrido tan ligero. El Chingue me miraba todo el tiempo.

—En mala hora me metí contigo —me dijo rabioso—. Ahora no sé cómo zafarme...

—Si me voy a mi casa no me ves más —le respondí.

—¡Tú eres un bocón! Vas a llegar contando todo lo que has visto. Si Soto estuviera aquí, no volvías a hablar...

—¿Me mataría? —pregunté tragando saliva. Se encogió de hombros y escupió lejos.

—Oye, ¿a qué hora llega tu padrino? —le pregunté. No tenía ni gota de ganas de conocerlo. También pensaba que el Chirigüe no debía haberse bautizado. Después de un rato le pregunté:

—¿Qué estás pensando?

—De cómo hacer que se te olvide todo lo que has visto... Yo sé que hay una manera. Si yo te dejo aturdido, no te acuerdas más. Pero me da miedo meterme en un lío. Como eres un niño rico, te van a buscar hasta que te encuentren y a mí me llega.

—Yo te doy mi palabra de quedarme callado —le dije.

El Chirigüe se rió con cara de aviso. Ya no parecía ser mi amigo. Yo me sentía como un pijecito idiota y me dio mucha rabia que me hiciera sentirme así...

—Tú te crees que yo no cumplo mi palabra de hombre —le dije—. Ahora te doy mi palabra que vas a arrepentirte y le pegué una bofetada en plena nariz y a toda fuerza.

Rodamos por las piedras, pero a él le salía tanta sangre de las narices, que paramos de pelear. A mí me dolía el cuerpo, pero como fue él el que me dijo que hiciéramos las paces, yo me sentía macanudo.

Resulta que tuve que parar de escribir porque tenía como rabia de tanta hambre. Y me sonaban las tripas de arriba a abajo. Y me puse a morder el lápiz y mascararlo. Y uno de los compañeros de calabozo se compadeció de mí y me regaló un paquete de alfeñiques. Dice que él siempre anda trayendo algo por si cae preso. Es regia idea. Y también son los más ricos que he comido porque estaban casi deshechos. Con el cuchillo de este amigo le saqué otra punta al lápiz y ahora es pura punta no más. Parece que lo demás me lo comí.

Cuando salimos de la cueva éramos amigos otra vez con el Chirigüe. Pero estábamos pensando que si ya toda la población sabía de la muerte del Chato, nos iban a hacer tantas preguntas por haberlo enterrado que era mejor desenterrarlo.

Así que nos fuimos a la población y derechito al basural para que nadie nos viera.

Corno el sol estaba muy fuerte, el olor era bastante terrible, pero con una mano nos agarramos las narices y con la otra escarbamos.

Lo que pasó es que el Chato había desaparecido. No estaba en ninguna parte...

Este era un misterio. O sea que alguien se lo habría robado.

Caramba que robarse un muerto es mucho peor que robarse un vivo. Y no podía ser el Bonito porque iba en viaje quien sabe si a Europa. Y tampoco la Roja, porque estaba llorando a gritos en la puerta de su rancho. Y don Orocimbo estaba apagando el incendio. Entonces, ¿quién?

Había que descubrir al ladrón. Eso era lo más importante antes de que llegara el autopatrulla. Porque, ¿qué iban a hacer ahí sin muerto, sin asesino, sin ladrón?

Tuve que parar de escribir otra vez porque se me acabó el lápiz.

Por suerte en ese momento apareció el sargento Neri y me prestó el suyo. También nos trajeron un desayuno de agüita, café y pan. Estamos a pan y agua. Para que se me quite el hambre yo pienso en lo que voy a comer cuando vuelva a mi casa. ¿Han hecho postre estos días? Yo creo que tengo tres huecos para postre, así que guárdeme los tres pedazos que me tocaban.

También le diré que si no viene ahora a buscarme me pueden llevar a otra comisaría y meterme preso de verdad. Y al papá tal vez no le convenga tener un hijo preso porque dicen que uno sale a su padre. Venga porque tengo mucho que hacer en la casa.

Mientras llega la hora de salida del S. Neri le sigo contando lo que pasó.

Resulta que había que encontrar un rastro del muerto desaparecido, así que buscando en el basural yo encontré un zapato. La cosa era estar bien seguro si era del Chato. Y por eso me fui donde la Roja y le pregunté:

—¿Usted es la señora del Chato?

—¿Por qué me preguntas? -dijo ella.

—¿Conoce este zapato?



Lo miró y no dijo nada. Pero de repente se largó a llorar y a sollozar con hipos y gritos. Y ligerito llegaron sus amigas y la miraban y la miraban. Entonces yo me acordé de que me quería ir a mi casa y justo cuando iba a partir, dos tipos me pescaron de los brazos y me dijeron:

—Tú te vienes con nosotros.

Me solté de un tirón y eché a correr, pero ellos me agarraron a la fuerza, me taparon la boca, me llevaron a un rancho y me amarraron. Yo lloraba de pura rabia, pero cuando ellos se fueron y quedé ahí, una señora que era como dueña de casa me dijo:

—Si prometes no salir de aquí, te suelto —y me desató.

Yo me sobé un poco, me soné con la camiseta y me hice amigo con un perrito sin cola. La señora se puso a lavar ropa.

—Se llama Chicol —me dijo por el perro. Ella me miraba.

—¿Es suyo? —le pregunté—. ¿Usted tiene hijos?

—¿Por qué me lo preguntas? —y siguió lavando.

—Porque parece muy buena. La gente no es siempre buena... —le dije rascando al Chincol—. Yo he sufrido bastante en esta población. Todos creen que soy un cuentista...

—No te conocen —me dijo—. A veces los ricos son malos con los pobres y les tenemos miedo...

—¿Cómo sabe que yo soy rico?

Se rió.

—No eres de aquí. Conozco a todos los amigos de esta población.

—¿Usted me dejaría irme a mi casa?

—Si te dejara ir sería peor para ti y para mí. Te pescarían de nuevo y te entregarían al Orocimbo para que te cuidara. Él ya está bastante furioso por lo del incendio...

—¿Y el Chingue? —pregunté.

—Ese no aparecerá en muchos días.

—Todo el mundo vio la pelea esta mañana y les da con nosotros. Cualquiera puede decir quién mató al Chato.

—Nadie va a cantar aquí. Le costaría muy caro. Yo no creo que tú vayas a hablar, pero sin que te des cuenta te van a hacer decir la verdad o lo que tú crees que es la verdad.

—¿Entonces tengo que quedarme aquí escondido toda la vida?

Hizo un gesto de “¡Qué sé yo!” y siguió lavando. Yo me puse a pensar en usted y en mi casa y ya me quería dar cototo cuando decidí mejor olvidarme del pasado y tratar de ser un chiquillo de la población. ¿Qué sacaba con sufrir? Ya iba a ser la noche y era el primer día. Era mejor acostumbrarme al tiro.

—Si a usted se le perdiera su hijo, ¿se pondría nerviosa? —le pregunté, y como no me contestó, le dije—: Los nervios son una buena tontera y no dejan hacer muchas cosas buenas. ¿A qué edad se pone nerviosa la gente?

—Tú preguntas cosas raras —dijo—. Yo te voy a preguntar quién te mandó venir a meterte aquí.

—Soy amigo del Chirigüe.

—¿Qué haces con ese zapato roto?

—¿Ese zapato? (se me había olvidado que lo tenía en la mano) ¿Tiene usted el compañero de este zapato?

—¡No! —dijo y me pareció que le caía mal mi pregunta. Entonces pensé que a lo mejor ella sabía quién se robó el cadáver del Chato y era una cómplice.

—¿Por qué me miras con esos ojos? —me preguntó ella. Yo pensé: “No hay que dejar que ella sospeche que yo sospecho...” y miré al zapato y no le contesté.

—Tira ese zapato que apesta... —me dijo y entonces yo comprendí que mi rastro era una verdadera pista. Y no lo solté.

—Eres un chiquillo raro —me dijo-. Teniendo buenos zapatos te guardas esa chancleta inmundita...

—Me trae buena suerte —dije y la escarbé con un palito. Y de repente se le soltó el pedazo de suela y se asomó un papelito... Yo me di cuenta de que ese papelito debía ser otra pista, pero no, dije nada, y lo dejé ahí mismo, para leerlo después. La señora estaba haciendo fuego y echaba palitos quebrados y pedazos de una silla vieja. Y cuando por fin soltó la llama, me pasó una tetera con agua.

—Ponla al fuego —me dijo y como era pesada, yo tuve que dejar mi zapato. En ese momento lo pescó y lo tiró a las llamas. Yo solté la tetera y

traté de salvar el papelito, pero no pude. También ella se puso furiosa por el desparramo de agua y la saltadura de la tetera y ya no fue más amiga mía. Yo me di cuenta de que era una cómplice de todas maneras y había quemado el papelito para borrar la huella y desaparecer la pista.

—Si no le tuviera miedo al Orocimbo te mandaría a tu casa ahora mismo, mocoso intruso —me dijo.

—Si me deja irme le regalo la tetera de mi mamá —le dije— y también otras cosas.

—No quiero tus regalos. A ti te va a pasar más de algo por intruso. ¿Quién te manda a meterte en cosas de aquí?

—Es la pura fatalidad. Este es el primer crimen en que me meto.

—No es crimen —dijo levantando la cuchara con cara de amenaza—. El Bonito no es ningún asesino...

Yo iba a contestar, cuando entraron al rancho dos mujeres y un hombre desconocidos. Hablaban todos a un tiempo y decían que el autopatrulla había llegado. Allá lejos se oía la sirena que se venía acercando. Yo pensaba todo el tiempo en qué iría a pasar y a quién tomarían preso en vez del Bonito. Tal vez a la señora de la cuchara que era su cómplice, por algo se lo venían a avisar.

Pero entonces sucedió lo fatal. Hablaron unas cosas que no alcancé a entender y salieron afuera cerrando la puerta para siempre. Yo, como en las películas, traté de abrirla y golpeé y apuñeteé las tablas sin conseguir nada. El rancho estaba oscuro y poco a poco me acostumbré a ver con la luz que se colaba por entre los tablones. No había nada que hacer ahí: unos tarros ahumados sobre la mesa, unas herramientas rotas en un rincón y en el otro un montón de trapos que servían de cama. De puro desesperado, pensaba yo que hay gente que vive en la miseria y es atroz. Y debe haber alguna manera de arreglar este asunto de la pobreza, y tal vez si pasara un camión todos los días por las casas y recogiera las cosas que se guardan y las repartiera, podría ser una solución.

Y estaba pensando en esto, y me estaba dando como sueño, cuando sentí un crujido en el fondo del rancho. Escuché y me puse muy contento: era un gatito nuevo que venía a acompañarme. Feliz me acerqué al montón de trapos y escarbé entre ellos buscándolo. Y descubrí una guagua. No era gato, era una cosita chica, envuelta y rezongona, arrugada de llorar y desaparecida entre los estropajos. Me dio una cosa como susto o respeto. Pero después me dio pena. Ahora lloraba a grito pelado. Y tan chiquitita y tan furiosa. Seguramente quería su mamadera. Pero por más que la busqué, no la pude encontrar. Entonces, como no había qué pasarle para que chupara, le presté mi dedo. Y le encantó. Se calló al tiro. Pasado un rato, me quise llevar mi dedo y soltó el grito. Tuve que prestárselo de nuevo. La guagua tenía unos tremendos ojos mirones y harta fuerza para chupar. Mi dedo se puso blanco y arrugado. Y no había caso de quitárselo. Total, que para poder moverme, tuve que tomarla en mis brazos y andar con ella todo el tiempo. Ella estaba feliz, pero a mí me volvieron las ganas de irme a mi casa. Y de repente, descubrí que la puerta tenía una cosa como chapita de palo y que era refácil abrirla. La probé, y ¡listo! La cuestión era irme antes de que volviera la gente. Dejé la guagua entre sus trapos, pero empezó a chillar con tanta fuerza, que busqué algo para meterle en la boca en vez de mi dedo y no encontré más que un palito. Y no le gustó nada. Y gritaba cada vez con más estérico y llegaba a tiritar de rabia y se ponía roja y toda su cara se volvía boca y ni respiraba. No he visto guagua de tan mal carácter. Total que si no le daba a chupar mi dedo se podía reventar, así que no tuve valor para dejarla reventarse sola. La tomé otra vez en los brazos, se quedó calladita y yo tenía que irme y ¿qué hacía con ella?



Salí afuera perfectamente desesperado y no había nadie cerca. Allá lejos estaba todo el mundo al lado del autopatrulla. Yo no podía acercarme, yo no podía dejar esa guagua. ¿Qué habría hecho usted en mi caso? Eso fue lo que hice yo: eché a correr con guagua y todo. Y tan feliz estaba ella que me soltó el dedo y ni chilló más.

Al verla callada, quise librarme y dejarla en el suelo, pero apenas la había soltado, vuelta a desesperarse y no respirar más. Y la pesqué de nuevo sin pensar en ella; pensaba solamente en mí, en llegar luego a mi casa, en que no me escondieran los amigos del Bonito y en irme muy lejos del crimen.

Y cuando me subí a la micro no más me acordé de la famosa guagua. Ella me miraba con sus ojos de choro. ¿Qué cara iría a poner usted al verme

llegar con ella? Pensé que se iba a confundir, que la Domi iba a decir que se iba, que a papá no le iba a gustar cuando llorara... Lo mejor era devolverla. Pero, ¿cómo? Si me veían llegar me encerraban de nuevo para que no hablara. Había que llevarla de vuelta en la noche. Mientras tanto podía telefonarle a usted para que estuviera tranquila. Fue lo que hice, y le dije a la Domi que volvería a comer y después le explicaría todo a usted.

Me demoré tanto en conseguir la comunicación que cuando logré hablar, la guagua se había dormido. Esa era la solución. Ahora la podía dejar sin que llorara... Pero, ¿dónde? Su mamá la echaría de menos. Había que arriesgarse y volví con ella a su casa.

Poco a poco fue haciendo dedo porque no tenía ni un peso. Y por suerte ya no se divisaba el autopatrulla y todo parecía tan tranquilo en la población. Así que me fui caminando sin mirar a ningún lado, derechito al rancho de la guagua que todavía dormía. Y justo ya iba a llegar allá, cuando alguien me pesca de un brazo, otro grita: “¡Pillado!” y antes de darme cuenta había mil personas alrededor mío y todos me insultaban y decían en buenas cuentas que yo me había robado la famosa guagua. Y ni me dejaban hablar. Y la guagua despertó y miraba y miraba hasta que me la quitaron y se largó a chillar sin resuello y a nadie le importaba nada. Si yo hubiera sabido que no importaban sus gritos, no me habría metido con ella ni me habría compadecido. Total, que entre insultos y cosas, de repente me vi en el autopatrulla, entre dos tenientes y tres metralletas Máuser. Eran de cien tiros y completamente nuevas y sin uso.

—Conque robando guaguas —dijo uno con una carraspera de bronquitis. Y el otro dijo:

—Conque secuestrando, ¿no? ¿Quién te mandó sacar esa guagua?

—Nadie más que ella —dije yo—. Era tan llorona que se callaba solamente en mis brazos. Pero dígame mi teniente a dónde vamos...

—Adivina —me dijo y se rió.

—A mi casa —dije yo feliz.

—Allá mismo. Para que no te canses, te llevamos en auto a tu misma casa.

—Gracias —le dije—. La Domi les dará té y churrasco. Siempre le da churrascos a los de uniforme. Pero, ¿cómo saben ustedes la dirección de mi casa?

—¡Es muy sabida! —dijo el otro y se rió—. ¿De modo que churrasco a los uniformados, no? ¿Van muchos a tu casa?

—No muchos. Nunca muchos juntos. Casi siempre uno, el que está de turno. Después va otro...

—¿La Domi es tu hermana?

Ahí me reí yo. Y seguimos conversando de cosas y de ametralladoras y cuestiones. Hasta que por fin llegamos a una parte que ni pensaba en ser mi casa, porque era la policía.

Yo creí que irían a buscar algo o a dar algún recado o tal vez a decir que me iban a dejar, etc., pero me hicieron bajar y me entraron del brazo, y una vez adentro ni se acordaron más de lo amigos que éramos.

Uno se puso repatoro y le hablaba de mí no sé cuánto a otro teniente más seco y le decía que yo había sido “sorprendido” en hurto de menor, etc., etc., etc., etc. Y el que mandaba me miraba mucho como si yo fuera un fenómeno y apuntaba en una hoja grande. Hasta que por fin se largó a preguntarme:

—Tu nombre, promesa de gángster.

—Papelucho.

—¿Tu dirección?

—¿Para qué? No quiero que lleven cuentos a mi casa.

—Tu dirección —bufó con voz de trueno, y yo di la dirección antigua, que también era mía antes.



—¿Cuántas veces has caído preso?

—Ninguna.

-¿Conoces el calabozo?

Moví la cabeza. Me estaba dando mucha saliva en la boca, como cuando a uno le van a dar purgante.

-Ahora lo conocerás. ¿Conoces la casa correccional?

La moví otra vez. Y no tenía ganas de conocerla tampoco.

—¿Quién te mandó robar la guagua?

—Nadie. No la robé. ¿Para qué la quería? Era muy gritona y si yo la dejaba sola se reventaba gritando. Por eso la tomé en brazos...

—¿Por eso corrías con ella tan apurado? ¿Es un sistema nuevo para acallar a los niños?

—¡Me iba a mi casa!

—¿Con la guagüita? ¿Tu papacito la había pedido?

—No señor. Yo me iba a mi casa. La guagua iba conmigo porque si no la llevaba se reventaría de gritar.

—Comprendo. La robabas por compasión. Pero tu papacito la necesitaba de todas maneras.

—Eso no sé. Yo creía que le iba a caer mal por lo gritona.

—Y aunque creías eso, la llevabas de todos modos. Al papá hay que obedecerle, ¿no? ¿Qué iría a hacer con ella?

—No sé.

—De modo que sin saber lo que él pretendía, tú te llevabas una criatura y dejabas a su madre desesperada buscándola. ¿Es médico tu padre?

—No, señor, es desocupado.

—¿Vas a menudo a la población?

—Primera vez...

—No te ofendas si no te creo. Aquí en la policía sabemos muchas cosas y conocemos a la gente. Tú eres muy precoz para tus años. Vas a acabar muy mal. Por eso te hará bien el tratamiento que te daremos aquí...
—se rió. Su risa me dio un frío a la espalda.

—¿Qué tratamiento? —pregunté con la saliva bien dulce.

—Ya lo verás. Ahora conviene que cantes un poco. Eso te hará más suave el tratamiento.

—No sé cantar, pero si usted quiere...

—No te hagas el niño. Cuando digo “cantar”, quiero decir que cuentes todo lo que sabes. Sale más sencillo si hablas sin que te preguntemos nosotros.

—Yo di mi palabra de hombre de no hablar del misterio —dije.

—¿Conque tu palabra de hombre, no?

—Sí, señor.

—¿Y cuál es el misterio?

—Eso es lo que no puedo decir.

—Tu papacito nos contará todo...

—Mi papá no tiene nada que ver en eso. Es una cuestión que pasó en la población y él no sabe nada.

—Pero tú sí, ¿verdad?

Pensé un rato. Parecía como que el teniente me quería obligar a faltar a mi palabra.

—Oiga —le dije—. Si usted promete callarse y después habla, ¿qué clase de tipo es?

—Un hombre sin palabra, claro... Pero a la justicia hay que decirle la verdad. Callarla es hacerse cómplice. Es ayudar al asesino

—No es por ayudarlo, pero prometí no hablar.

Me estaba bajando susto. Yo podía contar las cosas sin dar nombres y así “cantaba” para darles gusto y guardaba mi palabra de no decir los nombres.

—Antes de darme el tratamiento quiero decirle, señor, que a mí no me han pegado nunca en mi casa porque me puedo caer muerto. Soy así.

—En ese caso, y si no quieres morir joven, anda contando lo que sabes...

—Primero que todo dígame usted una cosa. ¿Hay crimen cuando no hay ningún muerto y el asesino lo mató por pura casualidad?

—No te entiendo muy bien. Si no hay muerto, ¿cómo mató el asesino por pura casualidad?

—Estaban discutiendo...

—Ahora comprendo. ¿Quiénes discutían?

—Yo no los conocía.

—Perfectamente. ¿Entonces?

—Entonces uno murió y el otro desapareció.

—Perfecto. ¿Dónde está el muerto?

—También desapareció.

—Eso no está tan claro. Alguien lo ha escondido. Un muerto no puede escaparse...

—Eso mismo pensaba yo antes. Yo sólo lo enterré. Después fui a verlo y había desaparecido.

—¿Y el asesino?

—Ese desapareció primero.

—¿Y qué parte en esto tiene la guagua?

—La parte de llorar tanto.

—¿De modo que tú, además de ladrón de menores, estás metido en un crimen?

—Metido, no, señor. Salido. Y tampoco puede haber crimen si no hay muerto.

—Eso es bastante lógico. Sin embargo, eres tú el que has hablado del crimen.

—Pero sin nombrar a nadie. Y también yo creía que usted quería que le hablara de eso... ¿Puedo irme ahora?

—Puedes pasar al dormitorio... —sonrió—. Mañana hablaremos.

No era simpático.

—¿Eso quiere decir que estoy preso? —pregunté.

—No te alarmes. Estás detenido —y mirando por encima de mí le habló a otro tipo que esperaba medio durmiendo. Y me pescaron de una oreja y me metieron aquí donde estoy. ¿Qué tendrán mis orejas porque todo el mundo cree que son mi agarradero?

Un beso de Papelucho.

1º.- Que nadie me coma el queso de mi velador.

2º.- Si viene a buscarme tráigame cualquier cosa de comer.

3º.- Yo me llevo acordando de ese señor tan conocido que se le perdió un hijo, y cuando lo vio llegar a la casa, de lo puro feliz hizo una fiesta y mató un cordero porque su hijo era pródigo. Si mata algo, que no sea mi tortolita, y no necesita comprar todo el cordero; alcanza con las puras chuletas.

Yo no quería escribir más diario, porque ¿hasta cuándo?

Pero resulta que mi mamá me dio esta carta, yo la pegué aquí y ahora que han pasado más cosas, quiero explicarlas.

Primero, en esta casa la gente no es como debía ser. Quiero decir que nadie celebró la vuelta del hijo pródigo, y no diré que hicieron alguna fiestecita, porque no había ni carne, sino que puro charquicán, el día que

llegué. A más de esto y de todo lo que era estar detenido, me ligó un reto separado de cada uno. Hasta del propio Javier...



La mamá estaba rara. Y al otro día seguía igual. Un poco lunática y como pensando siempre en la misma cosa. Y contestaba una tontera cada vez que uno le preguntaba algo. La Domi andaba con cara de marihuanera, el papá todo chinche con la mamá, como si ella estuviera enferma. Y algo pasaba aquí. Yo no sabía cómo puede cambiar tanto la gente en un solo día.

La famosa guagua me está penando. Anoche soñé con ella todo el tiempo y se me ha quedado como retratada dentro de la cabeza y la veo en cada cosa. Me da como remordimiento pensar que estará gritando sin tener nada que chupar y me miro el dedo y pienso en ella y lo mucho que le gustaba. Total que decidí buscarle alguna mamadera, o chupete en esta casa, y entré en el cuarto que se llama de costura y es siempre puro cachureo. Lo tenían con llave, pero la del baño le hizo. Fue como una adivinación porque

ahí me encontré como en un cuento de hadas para la guagua gritona. Había un canasto arreglado como cuna, una mamadera con chupete y todo envuelta en papel celofán, un chal rosado y una chomba que le venía de perilla. Pensé que era como de milagro, encontrar en mi propia casa y sin gastar un peso todo lo que ella necesitaba, y también cosas que a nadie le sirven y las guardan las mamas por esa manía que tienen de guardar.

Total que hice un paquete y salí para la población a dejarle las cosas. Iba bien apurado para volver antes de encontrarme con la gente conocida de allá. Solamente la guagua o tal vez su mamá. Y el chofer del micro no quería dejarme subir el canasto, pero yo le ofrecí meterme dentro para no ocupar más hueco y así me dejó. Y llegué allá corriendo y ni miré a nadie. Derechito al rancho de la guagua. Y ahí estaba ella sola con sus ojos de choro en el rincón y me reconoció y se reía de gusto. Le puse la chomba rosada, el chal, la mamadera con agua, la metí en la cuna y me fui. Quedó feliz, y yo también pensando en lo que diría su mamá cuando vuelva y la encuentre tan elegante, tan bien alimentada y tan cómoda en su cunita nueva.

Cuando llegué a mi casa me encontré con la gran rosca. Mi mamá estaba en cama con esterico. Creía que yo me había perdido otra vez. Y habían llamado al doctor y a papá a la oficina. Y la Domi andaba con cara de “zorro” y como si ella fuera la que dirige el mundo. Y nadie me retaba, pero todos decían que mi mamá estaba enferma por mi culpa y ella sólo me hacía cariños y lloraba. Y habría sido mejor que me pegara o algo. Pero la gente grande todo lo hace al revés y uno se siente pésimo.

Por fin llegó mi papá con el doctor y cerraron la puerta del cuarto de mi mamá. Y la Domi seguía poniendo caras de misterio o cantando como Lucho Gatica. Y la puerta cerrada del cuarto de mi mamá era como una televisión o algo por el estilo. Porque yo veía en ella al doctor moviendo la cabeza y diciendo: “¡No hay remedio!” y a mi papá tirándose el pelo de quedar viudo y yo huérfano y Javier ídem por mi culpa. ¿Por qué serán tan nerviosas las mamas y se mueren por cualquier cosa? Y no se oía un ruido. Y pensaba yo en la carroza y en las coronas y tenía mucha congoja, hasta que por fin se abrió la puerta y apareció el doctor con mi papá y muy sonriente le decía:

—Lo felicito, hombre, después de ocho años...

Yo me sentí un poco pésimo. No entendía palabra. Todo se volvía misterio. El doctor decía: “Cama y nada de molestias. Mucha tranquilidad”.

Y por fin se fue.

Muy asustado, entré a ver a mi mamá y ella tenía cara de santa. Casi me puse a llorar. Era como seña de que se iba a morir. Yo la miraba y ni podía hablar de la pena. Hasta que ella me dijo:

—Acércate, lindo...

Debía estar muy mal. Si yo no era el enfermo y ella me decía lindo, era seña de muerte. Me acerqué y tragué mi pena.

—Vas a portarte muy bien, ¿no? —dijo con voz dulce. Yo contesté que sí con la cabeza. Y ella me besó y entonces se me salió la pena por los ojos y más me besó ella.

—No te aflijas, lindo —otra vez y más lloré. Hasta que por fin le pude preguntar:

—¿Es cierto que es por mi culpa que usted está grave?

—No —dijo ella y se rió—. Te contaré un secreto. Vas a tener una hermanita. Yo voy a ser mamá otra vez.

—¿Y por eso está enferma?

Así que yo voy a ser hermano. La mamá se siente mal, pero yo no siento absolutamente nada. Uno va a ser hermano y ni lo sabe. Es raro pensar que va a llegar una persona de afuera, que uno ni conoce y será de la familia. La mamá dice que será una hermanita. A ratos se me figura una intrusa, una hurguete y una pituca. No me cae bien una mujer metida en todo. Pero tengo ganas de conocerla.

—Tienes que ser muy bueno para que tu hermanita no se pierda — dijo mamá.

—¿Cómo se va a perder si no ha nacido? —le pregunté. Pero a los grandes les encanta el misterio y no me contestó sino que sólo se rió.

—¿Te gustaría tener una hermanita? —me dijo.

—Depende —contesté. Me estaba imaginando que me revolvía mis cajones. No sé por qué creo que las chiquillas son cuentistas y hacen cosas de espías. Iba a preguntar más, cuando entró mi papá muy feliz. El pobre no tiene una idea de lo lloronas que son las guaguas de ahora. Y esta hermana me parece igual a la guagua de la población.

—Papelucho, tú vas a cuidar a tu mamá y hacer todos sus mandatos para que ella no se levante ni se incomode.

—Sí, papá.

—Pero antes que nada, irás a cortarte el pelo. Pareces un escobillón.

—Por ningún motivo —dijo mi mamá—. No quiero que salga. Basta con que se peine con agua.

Se veía que no era grave lo de mi mamá. Ya empezaban a discutir. Uno se alegra de no ser huérfano, aunque le lleguen hermanas.

—¿A quién le obedezco? —pregunté.

—A tu mamá —dijo el propio papá. Debe ser muy rico que uno va a ser papá, porque él está feliz y distinto.

—Péinate con mi colonia —dijo, y eso que me lo ha prohibido con pena de pecado.

Y le obedecí. Pero como yo hoy estaba quemado, se me tuvo que quebrar el frasco de colonia y le hizo una cruz al lavatorio. Y también por limpiar el lavatorio, la colonia se fue por el desagüe y se tapó la cañería con

los vidrios del frasco. Yo le habría querido contar a mi mamá, pero, ¿qué hace uno cuando no se la puede molestar?

Es la fatalidad.

La pobre mamá está en cama.

Cuando mi papá se fue a la oficina, yo pensé acompañarla y la encontré durmiendo. Yo me quería acostumbrar a ser hermano de una chiquilla, pero a cada rato la veía tan chinche y tan criticaona que me cargaba. Y me venían ganas de que se perdiera.

Yo comprendo que una mamá se quede en la cama para que no se pierda un hijo, pero una hija... Y por último aunque se levante, si ella se queda en su cuarto, es imposible que se pierda en un dormitorio tan chico.

Por eso la sacudí hasta que la desperté:

—Mamacita —le dije—. Si se aburre en la cama, levántese un rato.

—No me aburro, déjame dormir...

—Es que si duerme en el día, ¿que va a hacer en la noche?

—Dormir. Los hijos cuestan muchos sacrificios... —La gente grande todo lo llama sacrificio y lo arregla con suspiros y misterios. No sabe divertirse. Hay que ayudarlos.

Por eso le fui a buscar un poco de ese barrito blando que yo tenía en el jardín. Ella antes tenía ganas de hacer cerámica. En la cama era el mejor momento. Se lo traje corriendo y de nuevo la encontré durmiendo. Así que se lo dejé al lado de su mano para que se divirtiera cuando despertara. ¡Qué iba a saber yo si tenía puestas las sábanas elegantes! ¡Gran pelotera! ¡No hay caso! La gente vieja piensa más en que no se ensucie una sábana que en pasarlo bien...



Cuando pasó el alboroto, le pregunté:

—Quiero que me explique cómo es esa hermana...

—No sé todavía.

—Quiero saber si existe.

—Sí, existe, pero no la conocemos. Hay que rezar por ella.

-¿Para qué, si no la conocemos? Puede ser una antipática.

—Es tu hermana, hijo.

—Si es, ¿cómo se llama?

—No se llama todavía. No ha sido bautizada. Es muy posible que sea un hermano... No sabemos.

—No entiendo. Si existe, es, y si es, ¿qué es? ¿Hombre o mujer?

—Existe y no sabemos si es hombre o niña y si va a nacer o se perderá.

Total que no entendí palabra. Lo único que saqué en limpio es que si se pierde, por lo menos no hay que buscarla. Una hermana perdida puede ser un hermano perdido. Da lo mismo.

En todo caso, si nace, yo pienso que es bueno tener alguien menor que uno para poderlo mandar. Y también uno puede educarlo para que sirva de algo. Y el bautizo es una especie de fiesta con dulces, torta y recuerdos.

¿Cuántos días habrá que esperar para eso?

Me pasa algo bastante grave, pero ni me atrevo a decírselo a mi mamá porque mi papá repite todo el día: “¡No hay que molestarla!”.

Estaba partiendo nueces con el martillo, cuando me maté un dedo. Fue sin vuelta. Mi pobre dedo agonizó toda la noche. Yo lo sentía palpitar hasta que me dormí, y debe haberse muerto en ese momento porque no latió más. Uno ni sabe que tiene corazón hasta en los dedos. Ahora que está muerto, no duele, pero se está poniendo negro y me da como pena de él. No sé cómo enterrarlo. Es terrible tener un dedo muerto y que nadie lo sepa.

Parece que mi mamá ahora está enferma de otra cosa, una cuestión como “abrazada”. No es grave, pero es largo, dijo la Domi. Y yo que me estaba acostumbrando a tener una hermana. Porque la quiero enseñar a obedecerme. Porque nadie me ha obedecido nunca. Es lo que pasa cuando uno es menor. Pero ya no seré más el menor. Estoy decidido. Y da como una felicidad cuando uno piensa que no va a tener que ordenar más, ni hacer tareas, ni recoger cosas del suelo, ni hacer mandados. Para eso estará el menor. Es cuestión de enseñarlo bien cuando nazca. Creo que le voy a enseñar hasta a lavarme los dientes. Será mi esclavo, como fui yo el esclavo de Javier. Y cuando el pobre cumpla nueve años le voy a dar el dato que puede nacerle otro hermano para que él descanse.

Como mi mamá no quiere que salga, le encargué a la Domi que me comprara un chupete. Así haremos callar a la hermana. No sé cómo le puede gustar a las guaguas chupar tanto; debe ser de puro aburridas. Yo dejé blanco el chupete a ver si me acostumbraba, y ¡nada!

Tampoco me acostumbro a que mi mamá se haya vuelto santa de repente. No hay caso que rete a nadie, ni siquiera a Javier. Y si la Domi se atrasa, apenas suspira. Todo eso hace pensar que uno puede quedar huérfano.

Anoche, cuando estaba soñando que era huérfano y no sabía qué hacer con la famosa hermana, mi mamá que era una santa igual a la Virgen del Carmen (esto era en el sueño), me mandó a buscar la cuna, el chal rosado y la mamadera que había en el cuarto de costura. Entonces me acordé de que los había llevado a la población. Y desperté con la complicación de que todo eso era para la famosa hermana. Y cualquier día va a nacer, mi mamá va a pedir las cosas y van a estar desaparecidas. Y ahí sí que se muere mi mamá de que su hija no tenga en qué dormir.

Me senté en la cama desvelado pensando que había que ir a buscarlas y al mismo tiempo no salir, para que ella no se ponga nerviosa. Y es imposible. Y si ella fuera santa de verdad, haría el milagro de que las cosas aparecieran de nuevo en el cuarto de costura. Pero no; no hay nada ahí. Lo que pasa es que ella está tratando de ser santa, y creo que no le resulta mucho. Porque yo creo que las santas no duermen todo el día.

Y hasta en el colegio no pienso más que en cunas, mamaderas y chales rosados. Y fui a una tienda a la vuelta del colegio y había una cunita muy "hermosa y práctica", según dijo la tendera, pero costaba miles de pesos.

Yo pensaba de economizar micro y juntar plata si me voy y me vengo a pie. Ahora que subieron, me parecía fácil. Pero saqué la cuenta y me demoro casi un año en la cuna, si no hay días de fiesta. Y la mamadera y el chal. Total que tengo que pensar en hacer negocios.

Hoy vino a ver a mi mamá una de esas señoras antiguas que a uno le pellizcan la barba y el cachete. Se creía muy simpática y tenía olor a polilla, porque andaba con chaqueta nueva. Y yo no tuve ninguna culpa de que se sentara en la silla con la pata quebrada. Porque yo la había compuesto de verdad y ella de puro pesada la desarmó. Total de que ella también se

quebró algo o cosa por el estilo, pero eso fue porque era tan vieja como la misma silla. Y lo viejo se rompe solo.

Pero se armó el boche y hasta vino la ambulancia de la propia clínica y por fin se la llevó con chaqueta nueva y todo.

Y mi mamá con sus nervios armó un boche tan grande que mi papá le tuvo que dar montones de píldoras, hasta que por fin se calló. Y ahora les ha dado con que tienen que hacer alguna cosa por la señora y yo le dije a la Domi que hiciera una torta. Y no tuve más remedio que acostarme porque la verdad que me dolía la cabeza porque a mi mamá a cada rato le daba con que la silla y que yo la había puesto ahí con la pata suelta y dale y dale.

Y yo no tenía ni pizca de sueño, porque era hora del té.

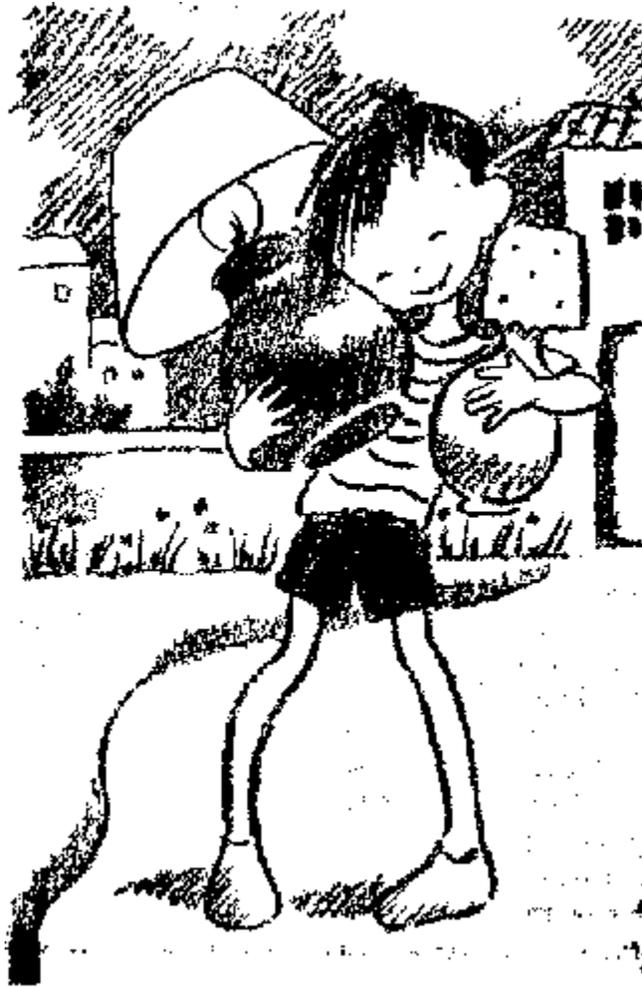
Así que apenas oí el chiflido del Chirigüe me levanté y fui a ver para qué me necesitaba. Y me necesitaba con harta urgencia porque la mamá de la guagua de la población me mandaba a pedir alimento. Yo no tenía ni cobre, en la casa no había alimento y en la cocina había un gran pedazo de carne sobrante. Y claro que se lo di al Chirigüe para la pobre guagua.

Nadie me preguntó a mí por la carne. Dale con buscarla por toda la casa y dale con rezongar y confundirse, la Domi y mi mamá. Y venía gente a comer y que esto y lo otro. Total que era lo más sencillo. Llamé a la carnicería y pedí por teléfono diez kilos de carne para que se acabara el alboroto. Pero ni se acabó, porque dale de nuevo con que quién pidió la carne y que a quién se le ocurre pedir diez kilos.

—Yo la pedí —dije por fin—. Si no había carne y necesitaban carne, ahí la tienen...

La Domi y mi mamá me miraron muy serias y no alegaron más.

Tengo un amigo nuevo, un tal Ramón que tiene una hermana grande que se va a casar. Ella se cambia todo el tiempo de vestidos y de bocas y peinados y el novio tiene cara de aviso de pasta de dientes.



Ramón vive en una casa grande de vidrios tremendamente limpios. Y el jardín está dentro de la casa en vez de estar afuera. Eso quiere decir que son millonarios porque el garaje es más grande que toda mi casa. Y los novios se miran y se miran y se ríen. Y nos echan a Ramón y a mí de todas partes. Y a Ramón lo mandan a jugar conmigo a cada rato y ni sé qué hacer con él.

A mí me gustaría ir a casa de él si no fuera que toda la viente se lo pasa escribiendo sobres de invitaciones y rabiando muy confundida. Y la empleada Purperina está hasta la coronilla de abrir la puerta para recibir regalos.

Entonces yo me ofrecí de abrirla mientras ella descansa. Y me entregó cien pesos para darle treinta pesos de propina a cada persona que trae uno y los diez que sobran son para mí. El primer regalo era una lámpara y la señora que lo trajo manejaba un auto de lujo. Recibí la lámpara y le pasé los cien.

—¿Tiene vuelto de treinta pesos? —le pregunté. Movi6 la cabeza, se ri6 y se fue.

El segundo regalo era otra lámpara igual, pero un poco más fea. Esa la trajo un señor manejando un Buick y tampoco tenía cambio y el tercer regalo eran dos lámparas iguales a las otras y la pareja que las vino a dejar no quiso la propina. Total, gané cien pesos para la cuna. Y después sonó la campanilla varias veces, pero como no tenía propinas para esos regalos, no abrí.

El matrimonio va a ser la fiesta más salvaje con varias clases de helados, sandwiches, pavos, tortas y demases. Hay como trescientos regalos en una pieza y de éstos, doscientos son vasos de todas clases y los demás lámparas también de todas clases. Por lo menos van a tener luz en la casa y algo en que tomar agua o refrescos.

Javier y yo nos preparamos para gozar el día del matrimonio y aprovechar bastante por haber aguantado tanto al Ramón. Y también ahora con la cuestión de los regalos y las propinas uno tiene más paciencia porque lo aguanta como "trabajo" para ganar el pan. Quiero decir la cuna. Ya tengo juntados quinientos pesos y nadie tiene vuelto de quinientos y los que tienen no reciben propina.

La mamá del Ramón estaba muy nerviosa con las invitaciones porque dice que no las alcanza a repartir por lo atrasadas. Yo me ofrecí a llevarlas por otros quinientos pesos.

—Este niño parece muy responsable —dijo y me dio los quinientos.

Pero cuando le pregunté a mi mamá para ir a dejarlas, santa y todo, me dijo un "por nada" de esos que no se puede alegar.

—Las dejarás en el correo —me dijo al fin.

Fui al correo, eché las cartas y de pasadita me fui a la tienda de las cunas.

—Aquí tiene mil pesos por la cuna —le dije a la vendedora.

—¿De pie?

—¿Hay cunas de pie y de mano, como las máquinas de coser? —pregunté.

—No, señor. Me refiero a que usted paga mil pesos de pie y lo demás en letras...

—Como usted quiera. ¿Me puedo llevar la cuna?

—Naturalmente. Firma las letras y la lleva. Pero sale un poco más cara.

—¿Cuánto más?

—Dos mil pesos más.

Me pareció un poco mucho, pero ella alegó que la cuestión de la moneda y el alza y otras patillas y yo firmé las letras. Al fin y al cabo firmar letras no importa mucho.

Y me traje la cuna y la escondí en el jardín para entrarla en la noche cuando estén durmiendo. Es preciosa, hermosa y práctica y mi mamá va a gozar cuando la vea.

Por fin pude devolver la cuna de la famosa hermana.

Aproveché la hora de comida de mamá y papá y Javier, que estaba en la cocina calentando cola para sus cuestiones de trabajos manuales, y nadie

me vio pasar. Y encuentro que la cuna es mucho más práctica y hermosa que la de mi mamá.

Uno se acuesta muy feliz cuando tiene la conciencia tranquila de haber devuelto una cosa. Y me dormí de golpe.

Pero después me puse a soñar con ese asunto que se agranda y se agranda inmenso y luego se achica y se achica y se acerca tremendamente y se escapa, y qué sé yo, cuando ¡zas!, di un salto y desperté.

Era plena noche, justo medianoche.

Lo único malo era mi corazón que golpeteaba como un zapatero apurado y ni me dejaba dormir.

Algo raro pasaba en la casa y por eso me saltaba el corazón.

Yo pensaba que en realidad, lo único que vale la pena de ser en la vida es detective. Porque así uno vive tranquilo. Un detective está siempre esperando al ladrón o algo por el estilo, así que cuando pasa algo raro en la noche, en lugar de asustarse, se alegra.

Y decidí que voy a ser detective. Y le voy a explicar a la gente mala que no vale la pena vivir así, igual que los ratones, siempre huyendo. Y cuando decidí ser detective se me tranquilizó el corazón.

Pero de todas maneras algo pasaba en la casa a medianoche. Y yo, detective, tenía que descubrirlo.

Me levanté muy valiente, porque cuando uno es detective jamás siente miedo.

Por suerte había luz en el cuarto de mi mamá. Y se oían voces.

Mi papá parecía muy furioso y decía:

—Esto no puede seguir así...

Por lo visto no era cuestión de detective. Era algo distinto.

Yo trataba de adivinar qué sería, pero inútil. Mi mamá se defendía tan enredado que ni se entendía. Yo pensaba que mi papá era muy injusto y peleador. Así que a mí me dio pena mi pobre mamá y la iba a defender, pero en ese momento ella se puso insolente.

-¿Qué te figuras tú? -dijo con voz de radioescucha.

Se me quitó la pena de ella y se me pasó a papá. ¿Por qué estarían peleando? ¿Sería por la cuestión de la cuenta del almacén? ¿Se irían a separar, quiero decir a divorciar? Yo pensaba: Si me voy con papá, él se va a la oficina y uno queda libre, pero ¿qué hará mi pobre mamá si sus hijos la abandonan? ¿En qué va a pasar el día? Y también me necesita para ayudar a cuidar esa hermana que quiere nacer. ¿Y la hermana se irá con mi papá?

Me volví a la cama en puntillas.

Entretanto seguía la pelea. Más me pateaba el corazón porque yo tenía que decidirme luego. Antes de que fuera mañana. Pero la cuestión era que la pena de uno se me pasaba al otro y era como un columpio y no sabía qué hacer. Estaba verdaderamente desvelado. Es lo más terrible que hay ser desvelado. Uno no puede dormir por ningún motivo. Se había acabado la pelea y yo pensaba que a lo peor uno de los dos podía haber asfixiado al otro con la almohada. Pero de todos modos tenía que ir a decirle a mamá que estaba completamente desvelado. Así que me levanté otra vez y entré en puntillas por si el asesino tenía que borrar las huellas del crimen.

Resulta que los dos estaban tan tranquilos durmiendo y me costó bastante despertar a mi mamá. Y como ella es tan injusta, en lugar de darme las gracias porque yo la había despertado para que ella apagara la luz, se enfureció conmigo.

—¿Es posible que hasta de noche molestes? —me dijo.

—Estoy desvelado —le expliqué.

—¿Por qué? ¿Estás enfermo? ¿Tienes algún dolor? —y le dio como rabia que yo no tuviera ninguno. Tampoco le podía decir yo por qué no me

podía dormir. Y en ese momento en realidad casi me habría gustado que siguieran peleando y me habría ido con mi papá.

En fin que me dio una pastilla y listo.

Pero al día siguiente se me olvidó despertar para irme al colegio.

Yo no sabía que era tarde, y cuando oí la voz de trueno con que me llamaba papá a su pieza, pensé enseguida que era la cuestión de la pelea de la noche. Y otra vez cambié de idea y me dieron ganas de irme con mi mamá si se iban a separar. Total que de mi cuarto al de ellos pensaba a mil kilómetros por hora lo que debía hacer. Estaba tan seguro de que me llamaban para elegir.

Y resultó lo contrario. Porque en lugar de eso, me hablaron en coro, como una sola voz.

—¿Qué significa esto? ¿Qué te figuras tú? —las mismas cosas que ellos se decían en la noche. Pero a mí. Quién sabe si el que debía separarse de ellos era yo. Los miraba pensando y no sabía qué decir.



—¡Contesta!

—Estoy pensando —dije.

—No es hora de pensar...

Entonces me di vuelta para ir a vestirme, pero ni alcancé porque mi papá me pescó de la oreja que me duele y me zampó de todo: Que yo era un irresponsable, un flojo, un frito, un no sé qué y un no sé cuánto y que él a mi edad se sacaba todos los premios y se levantaba antes que el sol, etc., etc. Y lo peor es que al oírlo me dio tanto gusto de ver que nadie se iba a separar de nadie, que me reí solo.

Pero fue peor mi risa porque me tiró la otra oreja y me dijo:

—¡Atrevido!

Pero aunque ahora me dolían las dos orejas yo estaba feliz.

Hoy fue el día más brutal.

Resulta que hace mucho tiempo le había mandado un recorte con mi nombre y dirección a un gallo famoso que es el tipo más forzado y atleta del mundo, un tal Charles Atlas. Y ya ni me acordaba de mi carta, cuando llega la Domi con un tremendo sobre para mí escrito a máquina y con estampillas de EE.UU. Yo creí que era broma, pero cuando me convencí, lo abrí y saqué las cartas. Eran como tres, y un librito. El propio señor Charles Atlas me escribía. Y me manda una hoja y miles de papeles. Él me asegura que en tres meses yo puedo ser campeón de cualquier cosa y crecer como un metro y tener los músculos más recontra fuertes de Chile. Es pura cuestión de que yo les escriba. Nada más. Y tengo que poner en el papel las medidas de cada músculo mío, etc., etc. En tres meses voy a tener las medidas de él. Así que le pedí a mi mamá que me midiera, pero era tanta la diferencia entre él y yo que pensé que no me va a cotizar. Por eso le dije a mi mamá que le tomara las medidas a papá y se las vamos a mandar. Mi mamá está mejor y se levanta. La hermana no se perdió por fin. La

seguimos esperando. Así que mamá escribirá por mí a Ch. A. Uno se siente bien cuando ve que la gente famosa lo cotiza a uno.

Pasa algo misterioso.

Ayer, cuando volví del colegio, había un tipo raro mirando la casa.

Hoy, también estaba en lo mismo. Antes de antes de ayer, ídem.

Y ahora en la tarde andaba caminando con la Domi.

Creo que es un gángster de esos de película. Anda rondando la casa para robarnos y estudia todo. Ahora está engañando a la inocente de la Domitila. Y a lo mejor la cloroforma.

Me escondí en la cocina para espiarlo desde la ventana y vi que el malvado la pescaba de la cintura. Si le hubiera apretado el guargüero, yo habría disparado, porque tenía una honda cargada con la cabeza del martillo.

Pero el tipo sólo le apretó la cintura.

Yo me había equivocado cuando pensé mal de Clorofilo. Resulta que es ni más ni menos que detective. Y es un gran personaje. No sé cómo se hizo tan amigo mío.

Cuando llegue del colegio, él estaba en el comedor contando los plaqués. Yo casi metí la pata porque como pensaba que era ladrón lo traté un poco mal. Y también no había nadie en la casa porque todos habían ido a ver salir a la novia, la hermana del Ramón. Así que cuando lo vi, le dije:

—¡Oiga!, ¿qué hace aquí? —y le dio a mis piernas como un terremotito.

—Hago inventario —me dijo—. ¿Sabes tú lo que es un inventario?

—No —le dije muy seco—. Pero lárguese antes de que llegue mi papá.

—Más despacio amiguito. ¿Sabes tú quién soy yo?

Se rió con unos dientes que parecían rastrillo y me mostró una placa dorada que tenía debajo del chaleco.

—¿Lo sabes ahora?

Yo meneé la cabeza, porque todavía pensaba que era un cogotero; era el mismo que le apretaba la cintura a la Domi todas las tardes.

—¿No sabes el significado de esta placa? Mírala bien. Soy detective.

—¿De verdad? —le pregunté. En ese mismo momento me di cuenta de que era simpático— ¿Entonces usted no piensa matar a la Domi? ¿Quiere casarse con ella?

—¿Por qué no?

—Sería como en los cuentos. Una simple cocinera se casa con un detective. ¡La suerte de ella!

—Tú lo has dicho. Es una buena muchacha. ¿Nos habías visto juntos?

—Muchas veces. ¡Y yo que creía que usted era un ladrón!

—No te fíes de las apariencias. Aquí me tienes, encargado de hacer el inventario de tu casa. Tengo que cuidar todo esto mientras tu papá y mamá están en la tiesta del matrimonio. Andan muchos mañosos por este barrio.

—¿Quiere que vaya a llamar a la Domi? —yo trataba de hacer algo para que olvidara mi ofensa.

—No te molestes. Ha ido a divertirse un rato. Yo me encargaré de hacer su trabajo mientras vuelve. Tú sabes que los enamorados somos así.

—¿Usted le va a hacer la comida?

—No hace falta. Tus papas están en la fiesta. Y, a propósito, me encargaron que te dijera fueras también porque te tienen dulces y helados. La Domi te los dará.

—Es que el Ramón me dijo que su mamá no quería que yo fuera. —alegué, pero Clorofilo me convenció de que la Domi me esperaba en la cocina. Total de que fui corriendo y con hartos jugos en la boca para las cosas más ricas y ni me dejaron entrar. Entonces me volví bastante furioso y cuando iba subiendo a la casa, me encontré con el Clorofilo que salía.

—¿Por qué volviste tan pronto? —me dijo. De la rabia ni le contesté.

—¿Y usted ya se va? —le pregunté.

—Me llamaron urgente de Investigaciones. No le digas a tu papá que tuve que irme. Ni tampoco a la Domi. Tienes que aprender a ser hombre y a guardar secretos. ¿Puedo confiar en ti?

—¡Ya lo creo!

—Bien. Te diré un secreto si me juras no contarle a nadie. Es un pecado muy grande romper un juramento.

—Ya lo sé.

—Jura, entonces, que guardarás el secreto.

—No me gusta jurar.

—Ya lo pensaba yo... No te lo digo, y ¡adiós!

—En ese caso le juro...

—Basta con que lo guardes hasta mañana a las ocho de la tarde. Se trata de un encargo de tu papá, pero él no quiere que nadie lo sepa. Ni siquiera tu madre. ¿Te acuerdas de lo que te dije del inventario? Bien. He cumplido el encargo de tu padre y tengo todo muy guardado. La platería, las joyas, las cositas finas, ¿sabes? Están todas bajo llave en la despensa. Yo me llevo la llave. Mañana a esta misma hora vengo a abrir la puerta. Ya no

habrá peligro de robo, porque la casa ya no estará sola. La cuestión es saber callar y ser hombre.

—¿Usted vendrá mañana?

—A esta misma hora. Con la llave. Todo estará conforme. Pero no digas nada hasta mañana poco antes de que yo llegue. Tu papá sabe muy bien lo que me ha encargado. No te importe si tu mamá o la Domi se muestran sorprendidas. Ellas no saben nada.

Y partió. Pero al darme la mano, me encajó entre los dedos un billete. Son tipos ricos los detectives.

A la mañana cuando desperté tenía un hambre tremenda. Porque como todos estaban en la fiesta ni se acordaron de darme comida y me quedé dormido sin comer. Así que apenas me levanté, aunque era tempranito, me fui corriendo a la casa de Ramón. Por suerte había tanto bochinche en la casa y tantos ramos de flores secas y tantos botes llenos de conchos de helado que uno raspaba y raspaba y no se acababan nunca.

Así es la vida. Cuando uno está más hambriento y triste, de repente puede comer de sorpresa las cosas más ricas. Dios sabe por qué la hizo así. Ahora no me va a importar sufrir, porque ya sé que tengo siempre un premio de sorpresa.

Eso mismo pensaba en la tarde, cuando volví a la casa y me encontré con la pelotera de que mi mamá y la Domi tenían un alboroto con eso de que no había ni cubiertos, ni fuentes, ni nada. Como ellas son mujeres, pensaban lo peor.

—¡Nos ha robado! —gritaban, y la Domi lloraba de chorro.

Yo casi les digo lo de Clorofilo, pero por suerte me acordé del juramento. Tenía que guardar mi secreto hasta las ocho, y eran sólo las siete. Mi mamá llamaba a todas partes. Mi papá no estaba en la oficina y él

la podía haber tranquilizado. Por fin llamó a los autopatrullas, y yo, obligado a callar.

Todo el tiempo que ella se retorció entera quejándose y lloriqueando y lo demás, yo pensaba en el premio que la esperaba cuando llegara papá y el Cloro y abrieran la despensa. Y el secreto se me agrandaba que ya no me cabía. Pero es raro, no importa ver sufrir cuando uno sabe que están sufriendo gratis. Por no dejar.

Y más bien me volví donde el Ramón para esperar que pasaran las horas y por si quedaban helados. Yo quería ver las caras de todos cuando llegara el autopatrulla con el Clorofilo y su llave.

Y cuando sentí la sirena, corrí a la casa. Faltaban cinco para las ocho. Yo pensaba decirle al Cloro: "¡Chitas que es puntual usted!", pero no lo vi.

Subió un teniente y dos carabineros y mi mamá estaba tan brillante y medio con fatiga y la Domi tenía hipo y no podía hablar. El único que alegaba era Javier que no sabía ni palabra. Yo miraba la hora todo el tiempo, y la puerta, por si aparecía Cloro.

—¿Cuándo echó usted de menos las cosas? —preguntaba mi teniente.

—¡Esta mañana! —decía mamá—. La Domitila no tenía en qué servir el desayuno.

—El té —dijo Javier—. Aquí nadie tomó desayuno porque estaban durmiendo.

—Sí, señor teniente —decía mi mamá sonándose—. Nos levantamos tarde porque habíamos estado en pie hasta el amanecer.

—¿Aquí en casa? ¿Estaban las cosas aquí a esa hora?

—Naturalmente.

—Entonces el robo se ha cometido en la mañana, mientras ustedes dormían...

—No señor —dije yo y por suerte me acordé del juramento. A veces resulta terrible haber jurado.

—¡Tú te callas! —me dijo Javier—. No sabes nada y te metes a hablar.

—¡Sé harto más que tú! —le dije lleno de rabia. Que a uno le digan que no sabe nada cuando es el único que sabe. Me daban ganas que se me olvidara el juramento, pero no podía olvidarlo. Tenía tantas ganas de mostrarle a todos la verdad.

—¿A qué hora creen ustedes que se cometió el robo? —preguntó el teniente y nos miraba a todos.

Mi mamá dijo: "En la mañana". La Domi dijo: "Anoche". Javier dijo: "A las tres de la madrugada", y yo dije:

—A las ocho.

—Que hablen los grandes —dijo el teniente, y mi mamá y la Domi hablaron a un tiempo y ni se entendió.

—¿Por dónde creen ustedes que han entrado los ladrones? —preguntó el teniente.

—Por el tejado —dijo la Domi.

—Por la ventana —dijo mamá.

—Por la chimenea —dijo Javier.

Yo no dije nada.

El t. anotó en su libreta y fue a ver la ventana, la chimenea y miró al tejado. Yo me metí las manos a los bolsillos para no indicar nada.

—¿Están seguros de que la puerta estaba cerrada? —preguntó el t.

—Seguros —dijo la mamá. A mí se me meneó la cabeza. Javier me miró furioso. El t. abrió y cerró la puerta con cuidado. Después anotó.

Miré el reloj del t. y eran las ocho en punto. Yo ya podía hablar. Pero no podía. Era el juramento. El reloj del t. podría estar adelantado.

En eso llegó mi papá. Mamá se volvió loca de llanto y de histeria. La Domi comenzó con un hipo espantoso. Y se armó más bochinche -que antes porque todos querían explicar y nadie entendía. Y mi papá creía que se estaba perdiendo la famosa hermana y retaba a la Domi de llamar a autopatrullas cuando debía llamar al doctor.

Ya era tanto el alboroto, que yo decidí hablar con mi papá.

—Oiga, papá —le dije—. No es nada. La cuestión del inventario, no más. —¿Qué inventario? —me miró con cara de loco.

—El que usted sabe —Yo le cerré un ojo. Pero él ni se dio cuenta. Se lo volví a cerrar y tampoco. Entonces le dije:

—Papá, le estoy cerrando el ojo.

—Sí —me gritó—. Me doy cuenta. ¿Por qué diablos me cierras el ojo?

—Para que entienda —le contesté con rabia.

—¿Qué quieres que entienda? ¿Es ésta una de las tuyas?

Se me revolvió la cabeza de rabia.

—No es de las mías —le dije—. Es de las tuyas.

—¡Insolente! —y me iba a pescar la oreja, cuando me tiré al suelo. Porque a papá le ha dado con que soy insolente y también con mis orejas. Y al fin y al cabo, yo creía que él tenía mala memoria y no se acordaba del inventario. Y yo me levanté de un salto y me puse al lado del t.

—Señor patrullero —le dije—, papá no se acuerda, pero él le encargó a un agente que le hiciera su inventario ayer. Él sabe que le encargó que guardara todo en la despensa.

—¿De dónde sacas eso? —papá me miraba casi con respeto.

—El agente Clorofilo me lo dijo.



En ese momento pasó una cosa. La Domi se desmayó y todos se le fueron encima para desdesmayarla. Mi mamá le tiraba agua, papá le daba palmadas en la cara, el t. la puso patas arriba y yo le chiflé la oreja. La cuestión es que volvió en sí, pero más valiera que se hubiera quedado desmayada porque se largó a gritar y gritar. Mi papá se enfureció y la mandó a su pieza.

—Ahora habla tú —me dijo cuando por fin los gritos se oían menos.

—Todo el boche es porque usted no quería que nadie lo supiera. Y el señor agente me hizo jurar que no hablaría.

—¡Sigue!

—Eso es todo —dije—. Yo juré y no hablé hasta que usted llegó, tal como él me dijo... El inventario y todas las cosas están con llave en la despensa. ¿Por qué no la abren?

Mi mamá se puso feliz y todos igual, pero no podían encontrar las llaves, así que pasó mucho rato en que mamá le echaba la culpa a todo el mundo de tomarlas y papá le decía desordenada, etc., etc. Y por fin se les ocurrió forzar la puerta y entonces vieron que las llaves estaban puestas.

Abrieron la puerta, revolvieron todo, y no encontraron ¡nada!

Entonces se volvieron contra mí otra vez. Y empezaron con las preguntas, todas a un tiempo. Era como si yo fuera el ladrón. Ya me sentía uno de verdad, cuando se me ocurrió:

—¡Quién sabe si después que se fue el señor Clorofilo, vino un ladrón y se robó todo! —dije.

—¡Tu Clorofilo es el ladrón! —dijo mi papá—. Entiende de una vez que no había tal agente ni tal inventario. El ladrón te engañó y tú le creíste. Él se ha llevado todo. Ahora tienes que explicar tal como es para capturarlo. ¿Entiendes?

—Es muy fácil —dije—. Porque él viene todos los días a ver a la Domi —y apenas lo dije me arrepentí porque todos se fueron donde la Domi a preguntarle cosas.

Yo estaba tan furioso de que me hubiera tomado por tonto un ratero, y la Domi muy triste de que el Clorofilo no la quisiera a ella sino las cosas de plata de esta casa, que prometí no engañarme nunca más. Los dos prometimos juntos, porque ahora yo la tengo que consolar a cada rato de muchas cosas.

Resulta que el robo salió en el *Vea* y en las *Últimas* y también salió el retrato de la Domi. Y parece que para un pobre salir en el diario es todo lo contrario que para un rico, porque es terrible. Y también a ella la han hecho ir a declarar. Y todo lo que ella dice sale en el *Vea*. Y la Domi cree que el Cloro la va a matar un día por haber declarado. Así que se quiere ir de la

casa para que él no sepa dónde está. Y no sale a comprar ni siquiera aspirinas de puro miedo. Y se echa la llave en su cuarto cuando está sola, etc., etc. Debe ser terrible cuando alguien lo va a matar a uno.

Y resulta que como yo prometí que no me engañarían más a mí, ahora no le creo nada a nadie. Y hoy cuando vino ese señor a ver a papá, y yo le abrí la puerta porque la Domi no se atreve a abrir, tampoco le creí que era su amigo.

Le dije:

—Mi papá no está, así que vuelva otro día.

—Lo siento, pero prefiero esperarlo. Es algo muy urgente.

—Puede esperarlo en la calle —le dije, y le iba a cerrar la puerta, cuando él la empujó y entró.

—Niño mal educado —me dijo—. Si tu papá supiera de qué maneras tratas a sus amigos, y a todo un Senador de la República.

Y llegó y se sentó. Yo ni me moví. Estaba esperando que empezara a inventar alguna historia para robar otras cosas. Tenía la seguridad de que era un ladrón. Su cara era verdaderamente de ladrón, y sobre todo la manera de meterse a la casa por la fuerza...

Yo me senté frente a él.

Sacó un cigarro y se puso a fumarlo le pasé un cenicero. Él me miró de arriba atraído y me preguntó:

—¿A qué hora llega tu padre?

—A esta hora —le dije, pensando que se iría luego. Pero resultó lo contrario. Echó la pierna arriba y se puso a leer el diario. Tal como si estuviera en su casa. Yo quería llamar a la Domi, pero ni me atrevía a dejarlo solo.

De repente se paró del sillón y se puso a registrar los libros. Sacó uno, tal como si fuera suyo, y se puso a hojearlo. Me dio más rabia, pero no dije nada. Hasta que de repente se puso a pasearse por todos lados y a mirar las cosas, y las tomaba en la mano y las daba vuelta para ver si eran de oro. Ahí sí que yo me asusté. Él podía darme un empujón y llevarse todo lo que quisiera. Yo pensaba a mil kilómetros por hora de cómo podría yo aturdirlo. Se me ocurrió una idea. Me eché al suelo y empecé a jugar con unos pesos que tenía en el bolsillo. Así me fui acercando hasta donde él estaba. Le iba a amarrar los cordones de un zapato con el otro, sin que él se diera cuenta. Entonces, cuando él fuera a caminar, se caería y yo aprovecharía para aturdirlo con el fierro de la chimenea. Él estaba muy entretenido con una cosa y ni me sintió acercarme, pero por suerte en ese momento me picó la nariz y estornudé y me miró.

—¿Qué haces? —me preguntó.

—Estoy jugando para no aburrirme —le dije. Yo estaba desesperado de mi estornudo, porque a él le dio con mirarme.

—¿Estás solo en la casa? —me preguntó.

—Con la Domi —le dije—. Ella está en la cocina.

—¿Llegará pronto tu padre? —volvió a preguntar.

—Sí y no —le contesté, porque se me ocurrió que a lo mejor convenía que no supiera. Son tan raros los ladrones.

—¿Podría usar el teléfono? —me preguntó. Y ahí se me vino la idea más buena. Era como una luz en la cabeza.



—Claro que sí —le dije—, pero ése está descompuesto. Puede hablar por el otro que funciona bien. —y le mostré la puerta del closet.

Apenas él la abrió para entrar, cuando ya la había cerrado yo por fuera con llave. Y corrí a la cocina a decirle a la Domi que tenía encerrado a un ladrón. Ella no atinaba más que a ponerse verde y a llorar, pero después se le ocurrió llamar al papá a la oficina y al autopatrulla y nos sentamos en la ventana a esperar, mientras el señor golpeaba y pateaba la puerta.

Bueno, por fin llegó mi papá a un tiempo con el teniente y los carabineros, y con la pistola apuntando, abrieron.

Fue otro boche. Porque el señor no entendió nunca que yo lo había confundido con un ladrón. Insultó al papá, a mí, al teniente y salió rugiendo que se las íbamos a pagar.

Resulta que era un verdadero Senador de la República, pero uno no tiene la culpa de que tenga cara de ladrón. Y también mi papá se tomó un buen trago cuando se fue y ni me retó porque dijo que todo era inútil conmigo. Pero yo sabía que me iba a retar, así que a cada rato yo ya creía que me iba a dar, y ¡nada! Ni me atreví a hablar toda la noche esperando el reto. Pero nada. Y me carga cuando se lo quedan debiendo a uno, porque es casi como si lo retaran todo el tiempo que no lo retan. También me carga

hacer una idiotez y que no me lo digan. Porque si me dicen idiota yo me defiando, pero cuando no me lo dicen, me lo digo yo sin querer. Por eso prefiero que me castiguen, y listo. ¡Yo no me voy a castigar!

Mi mamá está muy nerviosa. Todo le cae mal.

Parece que no le resultó lo de ser santa y ahora uno no puede preguntar nada. Porque, ¿cuándo? No hay hueco. Ella se lo habla todo.

También está la cuestión de que no hay que molestarla por la guagua Y ella vive molesta. Si uno está callado, lo reta. Si uno canta, ídem. Si uno sale o llega, si uno trata de ser bueno y aceitar las chapas, por ejemplo, o lavar cosas, le cae mal.

Ayer estábamos jugando con el Ramón y Javier a las “Águilas humanas” y saltábamos desde el tejado al patio de luz. La cuestión era caer en un columpio y por si no caíamos, pusimos un cojín del sofá debajito del columpio. Lo malo fue que Javier no le achuntó y cayó de cabeza en el suelo. Y parecía un muerto. Verdaderamente, igual a uno. Sin llorar, sin sangre, sin quejarse, sin respirar y blanco completo, hasta los pies. Ramón y yo nos asustamos, pero no había nada que hacer porque la Domi había salido. Y no nos atrevíamos a decirle a mi mamá con sus nervios. Así que lo metimos debajo del catre de la Domi y le rezamos un Ave María por su alma.

Y después con lo de hacer el té, y la tetera que se quebró y la parafina que se desparramó en la cocina y los nervios de mamá que no paraban ni un minuto, se nos olvidó Javier.

Resulta que cuando estábamos comiendo, papá preguntó por él. Y mi mamá puso cara de loca. Y yo me acordé, y me dio tanta pena de tener un hermano muerto, que me largué a llorar. Y por fin les dije dónde estaba. Y cuando lo fuimos a ver estaba durmiendo no más y apenas le dolía la cabeza y ni se acordaba de nada.

Parece que ha sucedido algo estupendo.

Al papá le resultó un negocio y tal vez seamos millonarios. Está tan feliz que trajo pollo para el almuerzo. Yo también estoy feliz porque por fin creo que comeremos pollo todos los días, sandwiches y refrescos a toda hora, y habrá dulces en todos los platos, jamón en la despensa, queso en la quesera y canastones de fruta para picotear entre medio.

Nos vamos a ir a vivir a Concón que es una capital petrolera. Algo así como Estados Unidos, yo creo. Dice papá que es fantástico y pienso que habrá trenes subterráneos, helicópteros, tiendas maravillosas llenas de inventos. Mi papá va a ser algo así como Presidente. También hay mar propio y tanto petróleo y cosas que no habrá que economizar.

La guagua va a nacer allá y va a cumplir un año allá. Yo pienso volver grandote. Y Javier supongo que tendrá bigote. Mi mamá y mi papá estarán tan viejecitos que a lo mejor tendremos que trabajar nosotros en vez de ellos.

A la única que le cae mal lo del viaje es a la Domi. Porque ya se le pasó esa idea de irse. Resulta que ahora está medio de novia con un carabinero y él la lleva al teatro y a los concursos de radio y es de las que aplaude y nada más. Pero él dice que ella con eso aprende un poco porque no sabe nada de nada, más que de amor y de hacer comida.

Yo ya hice mi maleta para el viaje. Puede ser que nos vayamos en avión. Falta nada más que un mes. Pero por si allá son todos gringos y no hay con quién hablar, yo me llevo una crianza de gatitos, una de cucarachas que comen azúcar en la mano y un sapito que lo tengo en el bidé tapado con el colador para que no se escape. La Domi tiene prohibición de entrar al baño y dice que no le importa, si yo lo limpio. Uno de estos días lo voy a barrer porque se han juntado muchas cosas ahí. Y Javier no rezonga de mis crianzas porque yo tampoco digo que él tiene polola.

Parece que nos vamos a comprar un auto a cuenta de la pega del papá. Yo tengo visto uno fenomenal, es Mercedes, inmenso y de siete colores. Tiene hasta ducha fría y caliente, según me dijo el dueño. También tengo visto un Buick último modelo con televisión y extintor de incendio. Pero al

papá le ha dado con que el auto lo va a elegir él. Y ya veo que se compra cualquier renoleta.

Los amigos de Javier y el Ramón se mueren de envidia de nosotros que lo vamos a pasar tan bien.

El carabinero de la Domi me regaló tres cartuchos y me prometió una carabina antigua. Es buena gente, pero con cara de Barman. No sé cómo le gusta a la Domi. Y también le conté mi secreto que voy a ser detective. Y él me está enseñando un poco.

Viene todos los días con la cuestión del robo, pero siempre llega cuando no está ni mamá ni papá. Y trae retratos de otros ladrones conocidos para ver si la Domi reconoce al Cloro. Yo lo reconocí, pero la Domi dijo que ni pensaba ser.

Yo no entiendo mucho a las mujeres: ayer en la tarde, cuando yo llegué de la casa del Ramón, estaba la Domi en la esquina con un hombre que yo estoy seguro que era el Clorofilo. Y apenas me vio venir, se fue. Ni se despidió siquiera. Y la Domi me dijo que si estaba loco de creer que era él. Dijo que era un hermano suyo que había venido a verla desde la Ligua y que hacía años que no sabía de él. Dijo que era muy joven cuando ella se vino a trabajar y que era muy porfiado cuando era chico y que se lo pasaba revolviéndola en todas partes y que su padre le pegaba con el lazo o el chicote. En fin que me habló toda la tarde de él y me contó tantos cuentos que tengo ganas de conocerlo porque hasta ha cazado leones en la cordillera. Me prometió que me lo presentaría mañana, pero yo sé que mañana le toca salida a la Domi y no va a venir.

No sé por qué tengo la tincada que todo es mentira y que es el propio Cloro el que vino. A no ser que Cloro sea el hermano de la Domi y haya sido el mismo todo el tiempo. Eso podría ser, porque así se comprende que ella no quiere que lo pille la policía y está esperando que devuelva las cosas que se robó. La cuestión sería que lo amenazara con el propio carabinero, para que trajera todo de vuelta. Pero a las mujeres no se les ocurre nada.

Por fin ya no faltan más que tres días para el viaje a Concón. Yo estaba un poco nervioso de que se atrasara tanto porque había echado en la maleta unos sandwiches de carne con tomate para el camino, y se podían poner fiambres. Pero como ya sólo faltan tres días y la maleta está bien cerrada, no hay peligro.

Por suerte ya ni se habla del robo sino del viaje. Y la cuestión es despedirse. Mi papá y mi mamá salieron a despedirse de los tíos y otros señores y yo me voy a despedir del Ramón y del Soto, el bencinero. Le llevé de testamento unos libros para que no se aburra y él me dio un frasco de quitamanchas. Ya no importa mancharse entero.

La Domi se lleva despidiendo de su hermano y me deja a mí cuidando la casa todo el tiempo. Me hace tantas sopaipillas para que me entretenga que ya me aburrí. Y salí a venderlas. Pero había un perro tan flaco, que se las tuvo que dar. Y resulta que la Domi me agarró dándoselas al perro y se enojó, porque está tan cara la harina. ¡No tiene idea de lo caros que están los perros!

Y yo le estaba explicando eso, cuando llegó el carabinero lleno de canastos. Y traía todas las cosas robadas. ¡Lástima que ahora que nos vamos, llegan! Justo cuando mi mamá ya había comprado todo nuevo. Va a ser sólo para confundirla.

Pero a mí me gustaría encontrarme con el Clorofilo para decirle que es un chuceo. Así que le pregunté al c.:

—¿Está preso el ladrón?

—Todavía no, Papelucho. Las cosas se encontraron por casualidad. Había un montón de basura en un garaje, aquí cerca, y al sacarla, se encontró este canasto que tú ves.

—¿Y nada del Clorofilo? ¿Ni huellas vegetales?

—Muchas huellas. Lo andan persiguiendo y ya lo encontrarán. Ése no se escapa.

—Debían secarlo en la cárcel por mentiroso —le dije, pero la Domi le trajo una cerveza y el c. no me conversó más.

Cuando llegó mi mamá, al principio estaba muy contenta de ver las cosas, pero tal como yo dije, después se confundió. Y le dijo a papá que lo mejor era hacer un remate. Y me tinca que eso es bastante macanudo.

Mañana es el remate.

En el diario salió un aviso que dice: Gran remate por viaje y toda la lista de cosas que vamos a vender. Sin precios. Por el diario se ven estupendas. Y por la cuestión del remate tuvimos que atrasar el viaje otra semana. Estamos metidos en un solo cuarto y comemos y dormimos ahí. Es medio raro, porque desde hoy, todo lo que es de nosotros es como si no fuera. Y no nos dejan tocar nada. Y cada cosa tiene un número y la casa está llena de gente que se pasea y mira y se va.

Y metidos en el cuarto de mamá, vamos a dormir en el suelo tal como en campamento. Y tenemos un solo plato para todos.



Al principio era medio divertido, pero después del almuerzo uno se sentía como preso, hasta que por fin el papá nos dio permiso para dar una vuelta por la casa.

Resulta que en el remate hay una radio salvaje de linda, que toca todo el tiempo.

Dice mi papá que no es de nosotros, pero si no se remata, voy a pedir que me la den a cambio de mis patines que se perdieron en medio de la pelotera. Yo le muevo la onda y me afirmo en ella para que parezca que es de nosotros y una chiquilla que estaba con su mamá se acercó a preguntar cosas. Y me preguntó si era grabadora y si tenía televisión y yo le dije que sí. Entonces la mamá dijo: “Va a salir muy cara...” y se fue. Y otro señor que la miraba mucho también se fue, así que se ve que nadie la va a comprar.

A la hora de comida nos echaron a la cama en el suelo y nos dieron un solo plato con bastante ensalada. Yo le pregunté al papá:

—¿Puede uno rematar cosas en su propia casa?

—De poder, puede. Pero es una tontería. Además, tú eres demasiado chico para que el martillero te vaya a tomar en cuenta.

Yo pienso que una tontería no es una cosa grave. Es una pura tontería y nada más. Y tengo unas ganas terribles de tener esa radio. Todo el tiempo la veo y me gusta hasta el olorcito que tiene. ¡Qué más da hacer otra tontería cuando uno hace tantas cada día!

Si mi papá se va a comprar un auto, ¿por qué no puedo yo rematar una radio? Creo que voy a ser la persona más feliz del mundo mañana en la tarde.

En vez de ser feliz, tengo ganas de morirme.

No tanto de morirme como de haberme muerto hace mucho tiempo. Porque papá me pegó en tantas partes que tengo que escribir tirado de boca y comer ídem. Es un verdadero tirano. Porque además de que a uno le remata hasta su propia cama, después no lo deja comprarse ni siquiera una radio.

Esta mañana yo estaba feliz. Me levanté temprano y me fui al remate de nosotros. Y por fin entendí tal como era y me encantó el negocio. Es pura cuestión de levantar el dedo. Había montones de cosas que yo quería rematar, pero me aguanté hasta que llegó la cuestión de la radio. El señor que remataba dijo que era lo más estupendo del mundo, todavía mucho mejor de lo que yo creía y la ofreció de regalo en quinientos mil pesos. Yo levanté mi dedo, pero nadie lo vio, porque había una tremenda apretura. Entonces el señor la bajó a cuatrocientos. Volví a levantar mi dedo y se me enredó en la cartera de una señora y no lo pude asomar.

Y el señor la bajó a trescientos. Entonces me subí a una silla y justo cuando iba a levantar el dedo, el señor la bajó a doscientos. Yo dejé mi dedo arriba y como la señora que estaba delante se movió un poco, vieron mi dedo.

—¡Tengo doscientos mil pesos! —gritó el señor, y yo me sentí feliz.

Pero en ese momento apareció otro dedo y el señor gritó:

—¡Doscientos cincuenta!

Mi dedo seguía parado encima de la señora que se movía.

Y el señor gritaba:

—¡Trescientos! ¡Trescientos cincuenta! ¡Cuatrocientos! ¡Cuatrocientos cincuenta! ¡Quinientos! ¡Y se va en quinientos! Es un regalo, señores. ¡Quinientos cincuenta! ¡Seiscientos! ¡Y la entrego en seiscientos...! ¡Y seiscientos y seiscientos! Al señor... —y el empleado me dio un papelito y yo comprendí que la radio era mía. Sólo seiscientos mil pesos un verdadero regalo, como decía el señor.

Pero lo que pasó lo vine a saber en la noche, cuando llegó el papá y le dijo a mamá:

—¡Siento no haber podido darte la sorpresa que te tenía! Como te vi interesada por la radio, pensé comprártela y le hice posturas hasta medio millón de pesos. Pero el otro interesado no cedió nunca.

—¡Papá! —le grité yo feliz desde la cama en el suelo—. ¡La radio es suya, o de mamá si quiere! ¡Yo era el otro interesado! ¡Aquí tiene el papel!

Y se armó la grande. Parecía un verdadero terremoto y el cuarto se me daba vueltas para todos lados. Hasta que empezaron las palmadas, también por todos lados, y era inútil que la mamá le explicara al papá.

—¡Ese imbécil me ha hecho pagar el doble! —gritaba mi papá—. No había más que dos interesados: él y yo. Pude conseguirla por doscientos mil

pesos y tendré que pagar tres veces su valor. ¡Seiscientos mil pesos por una radio que no vale ni la mitad!

Yo creo que el papá me dio una palmada por cada peso de la radio y no acababa nunca jamás. Yo me encogía y me retorció y era inútil. Se me corrían las lágrimas y se me salían los gritos y nunca he sentido una cosa más larga que su furia. Y me daba hipo y se me salían los tallarines que estaba comiendo, pero dale y dale. Él seguía pegando. Hasta que la pobre mamá le dijo que no se comprara el auto y que era mucho mejor tener una buena radio. Y le dio las gracias por el regalo y yo quedé tirado con el hipo y todos los tallarines en la cama.

¡Así que después de todo la radio no es mía y me revienta!

Resulta que el remate fue tan bueno que a pesar de la radio, mi papá se compró también un auto. Es bastante antiguo, pero no importa porque es muy barato. Tiene seis cilindros y cuatro puertas. Yo no lo conozco todavía porque lo están revisando en el garaje. Es mellizo mío. Uno no es viejo de casi nueve años y mucho menos un auto. También antes los hacían mucho mejores.

Ya tenemos todo listo para el viaje y mañana a las nueve le entregan el auto al papá. La radio se va en un camión con la Domi y todas las cosas nuevas que compramos. Estoy bastante feliz de irme a un país tan estupendo donde pienso hacer una vida muy chora.

Por fin llegamos a Concón.

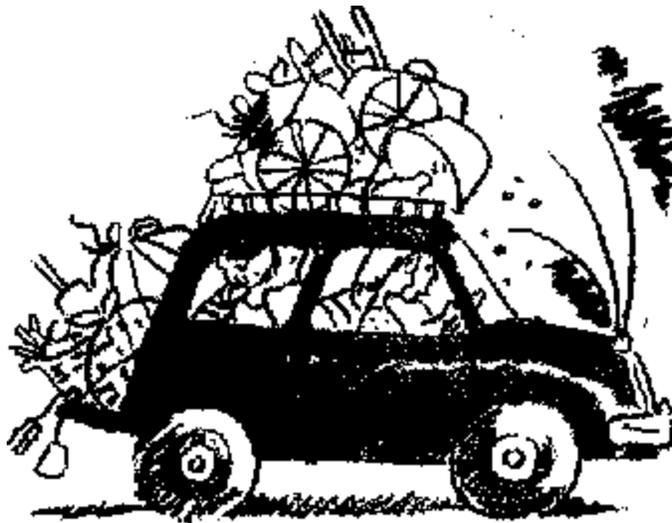
Resulta que el auto que compró el papá es una buena mugre y apenas salimos de Santiago se nos quedó en pana de motor. Tuvimos que hacerlo remolcar a un garaje y cambiarle platinos, bujías, batería, frenos, etc. Nos demoramos no sé cuántas horas, pero parecía que había quedado estupendo. Así que pagamos la tremenda cuenta y nos fuimos felices.

Íbamos por un camino regio que se llama Panamericana y se puede llegar por él a cualquier parte del mundo. De repente un disparo salvaje, y

¡zas!, por poco nos damos vuelta. Era un neumático.

Nos bajamos y Javier y yo empezamos a ayudar al papá. Lo más difícil era descargar el auto para sacar el repuesto porque venía la casa entera metida adentro. Cacerolas, chombas, lámparas, tallarines, zapatos, ropa y demases, etc., y debajo de todo, el famoso neumático. Y la gata.

La mamá y la Domi se bajaron y empezaron a hacernos sandwiches y nosotros trabajando con la famosa gata que nadie la entendía. Hasta que por fin la pusimos, elevamos el auto y sacamos la rueda. Y cuando estaba en tres patas, ¡zas!, crujió un poquito, se dobló la gata y se vino al suelo... Y lo peor fue que se cayó encima de las cacerolas y las atortilló.



Nadie lo podía levantar hasta que un camión paró y unos tipos nos ayudaron. Y le cambiamos neumático. Y volvimos a meter las cosas, pero no sé por qué no cupieron todas y mi papá se puso firme en dejar tiradas un montón de cuestiones de almacén.

Íbamos muy felices, cuando de repente empezó a saltar una lluvia de agua hirviendo encima del vidrio. Paramos y al capó le salía un humo de tren. El papá dijo que estaba hirviendo, y había que esperar que se enfriara.

Esperamos horas y partimos de nuevo. Al poco rato volvió a hervir. Vuelta a esperar. El papá decidió irse bien despacito, para que no hirviera. En eso se oscureció y se hizo de noche. Quiso encender las luces y apenas

las encendió, ¡zas!, se apagaron. Era el fusible y no había repuesto. Tuvimos que seguir más despacito, y cada vez más despacito, hasta que se reventó el otro neumático y con el otro reventado no hubo más remedio que dejar el auto ahí y hacer dedo.

Y nos vinimos en un camión inmenso donde cabía todo y hasta habría cabido todo lo que tiramos de almacén.

Llegamos a Concón a las doce de la noche y la refinería de petróleo es como un barco gigante todo de luces y chimeneas, bolas de plata inmensas con un volcán de llamaradas rojas. También parece algo de Marte porque todo es espacial.

Eso me consoló mucho del viaje tan largo, porque pensando que uno llega a tierras tan estupendas, donde todo es diferente, tan inmenso y tan lunar, hay mucho donde entretenerse. Mañana voy a tener hartito que hacer recorriendo esto que tiene olores anónimos.

Porque por la refinería se siente algo como comida mal hecha y después una cosa fresca y salada con gusto a jaibas y cosas ricas.

La cuestión es que mi papá tenga tiempo de sacarnos a pasear todo el día y que la mamá se conforme con pensar en su guagua para que nos deje pasear hasta la noche.

La casa en que vivimos ahora, está en un cerro y se ve el mar completamente negro. Hay pocos muebles, pero como es tan tarde, la mamá armó las camas en cualquier parte para que nos acostemos y mañana nos vamos a instalar con la radio y demás cosas.

Todos se durmieron ya, menos yo, que estoy desvelado, porque esa luz roja que sale de la refinería me parece algo tan estupendo que creo que sería una buena idea agrandarla otro poco y entonces no habría noche en ninguna parte.

Mientras estaba escribiendo me dio hambre y me acordé de los sandwiches que me había hecho hace tiempo y traía en mi maleta. La abrí y

resulta que tenían una cantidad de pelitos blancos largos y un olor tan fétido que tuve que botarlos.

Ojalá que aquí amanezca temprano y salga luego el sol, porque yo tengo tanto que hacer y tantas cosas que visitar y no quiero perder tiempo.

Hay muchas pulgas en mi cama y tengo todas las costillas llenas de ronchitas blancas con orilla rosada. Pero no se pueden agarrar porque son demasiado chicas. Se ve que son pulgas hambreadas y que hace mucho tiempo que no comían. Eso me consuela de que me piquen y no me voy a rascar más para no molestarlas ni machucarlas, quiero que estén sanitas y gordas para mañana y hacer un criadero.

Tengo el desengaño de la vida más tremendo y se me ha engordado tanto la garganta que apenas puedo tragar.

Porque yo creía que el famoso Concón era fenómeno y resulta que es todo lo contrario. Quiero decir que cuesta tanto acostumbrarse a que uno viva en un pueblo cuando ya tenía todo arreglado en la cabeza para vivir en una ciudad de rascacielos.

El primer día no me cayó tan mal porque el mar es lindo y la playa y la desembocadura del río con sus botes y la refinería de petróleo era bastante colosal, pero al otro día, cuando quise ir a las tiendas y conocer, lo encontré bien penca.

Aquí uno pide permiso para algo prohibido y se lo dan. Salí a caminar solo y lo recorrí entero con cerros y todo y mientras más andaba más cototo me bajaba de que fuera lo que era...

Hasta que por fin pensé que más valía acostumbrarme y me hice amigo de un pescador que se llama el General. Tiene un bote sin motor, pero hace bien remar para criar pecho. Y crié bastante aunque el remo me botó tres veces. Lo bueno de Concón es que toda la gente es igual y de confianza y puros almaceneros o pescadores y no se trabaja sino que uno

sale al mar en bote y recoge el pescado. Así que nadie se cansa ni rezonga sino que simplemente descansan en la caleta y conversan o salen a pescar.

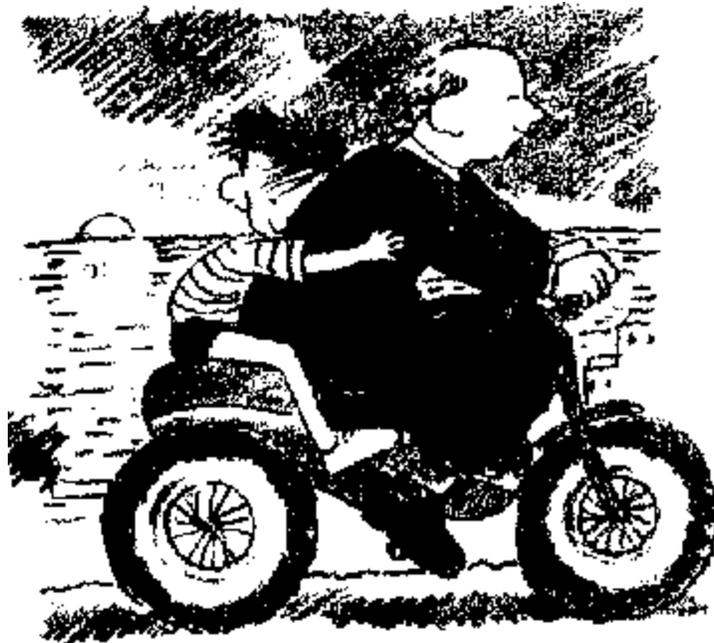
La telefonista teje delante de una mesita con fichas con bisagra y de repente se cae una tapita y ella se pone los fonos y dice:

—Concón, le marco —y enchufa un fierrito y da vuelta una perilla y sigue tejiendo.

El correo tiene una rejilla como de caja de banco y suena todo el tiempo el telegrama, pero no hay que apuntarlo porque es solamente para que no se amohose. Y cuando llega una carta hay que firmar un libro. En el almacén hay sacos con maíz y muchas escobas, pero pocos chocolates. Los dueños son italianos y bastante colorados.

No hay tentaciones ni nada que uno quiera comprar, aunque le den cien pesos. Se puede decir que aquí no sirve la plata.

A mi mamá le gusta, pero cree que no se va a acostumbrar y a la Domi también. Mi papá está bastante farsante con los millones que vale la refinería de petróleo y las torres, y otras patillas, pero Javier está hecho una furia y dice que si no fuera porque se hizo amigo de los carabineros no tendría ni con quién hablar.



Mientras salí a caminar, mis gatos se comieron mis cucarachas y se mandaron mudar no sé adonde. Por suerte el General me regaló unos pejerreyes y los eché en la tina de baño para hacer crianza. Pero como aquí no hay más que un baño en toda la casa, mañana tempranito, antes de que despierte mi papá, voy a tener que hacer una pileta grande para echarlos. Y voy a ir a la isla a buscar pingüinos y gaviotas porque si no me voy a aburrir tremendamente. Porque la Domi sale todo el día, Javier se lo pasa en la policía y la mamá le ha dado por hacer cortinas y tonteras para la famosa guagua y ni se mueve de la máquina. Y mi papá llega en la tarde con facha de rancharo de película y habla de puros millones y de tonteras de subproductos. Y cuando uno se acuerda de la vida que pensaba hacer y no puede, se le hincha la garganta y tiene que pensar en gaviotas y pingüinos para poder hablar.

Estaba más aburrido sentado en una piedra en la desembocadura del río, esperando al General que andaba fuera, cuando llegó por fin una moto a tomar bencina. Era una moto colosal y me hice amigo del dueño que es buena gente. Es un cura que no está distraído ni se cree pastor ni piensa que uno es la oveja. Es un cura-amigo que entiende de todo y cuando ve que uno se aburre lo convida a salir en moto. Y lo lleva a toda máquina a ver un enfermo, y mientras él arregla el asunto de la muerte, uno se queda con la moto y a él no le importa si uno sale a probarla un poco.

Con esto de la moto, y del cura, se ve que uno ya no se muere de aburrido. Porque la parroquia es una cuestión donde llega todo el mundo con sus problemas. Igual que el averiguador universal: cualquier cosa puede tener arreglo. Y el cura por suerte nunca está ocupado, sino que está listo. Eso es lo bueno y podían haber papas como los curas, así, de los que se interesan por lo que a uno le pasa, que les gusta hacer lo que uno quiere y que no tienen “compromiso”. El cura es igual conmigo que con todos los que van a la parroquia: la moto está ahí para lo que se le ofrezca a doña Manuela, a Ño Rubén o al propio Juaniquillo. Y el cura también.

Le da lo mismo decir una misa, hacer un mandado o un encargo, confesar o ir a Viña a comprar un remedio o un catre. Y yo lo acompaño y la gente después me va a querer igual que al cura porque yo les sirvo de algo.

Hoy salí a pescar con los Quezada en un bote tremendo de grande y con una red de nylon, pero bastante antigua. El mar estaba bien tranquilo al principio, pero después sopló viento y empezó el bote a subir y bajar. Daba una cuestión en el estómago, pero remando y conversando no era tan terrible. Echamos las redes y las amarramos para que no se las llevara el agua. Con sus tremendos corchos, no hay caso que se pierdan. Y los Quezada volvieron a la caleta para darle tiempo a que se enredaran los pescados en la red. Yo estaba tan preocupado que sentía como un golpe cada vez que se enredaba uno. Porque cuando uno es pescador, puede estar en la playa, pero tiene el alma en el mar y sabe todo lo que pasa allá adentro. Yo había sentido como treinta golpes, y sabía que se habían enredado treinta pescados y algunas otras sorpresas del mar: tesoros de piratas, náufragos y otras cuestiones.

Pero los Quezada, muy tranquilos, conversando. Se fueron a almorzar y no volvían nunca. Yo ya no podía más, porque pensaba que la red no iba a resistir tanto peso enredado y se iba a sumergir con sus corchos y todo. La caleta estaba sola, el bote ídem, y bien a la orillita del agua. Muchas olas lo levantaban al pasar. Total, que de repente no aguanté más, le di un empujón y salté arriba. Una ola amiga se lo llevó para adentro y remando un poquito, me fui acercando a los corchos. Yo pensaba que aquí todo se puede hacer, porque no hay nada prohibido, y eso es lo bueno de Concón. También era como un favor para los pescadores traerles toda su pesca sin que se molestaran.

Iba yo muy feliz, pero un poco cansado porque los remos son inmensos y las olas bastante duras. De repente miré a la caletilla y vi que ya habían vuelto los pescadores de su almuerzo. Me saludaron desde lejos y nada más. Me faltaba bastante para llegar a los corchos y estaba muy cansado, así que me quise sentar un rato cuando se me paró un remo y no hubo caso. Se lo llevó al agua.

La cuestión ahora era remar con uno solo, y no es fácil.

Tenía que pensar y también descansar.

Como por un milagro, las redes se iban acercando al bote y yo estaba feliz, porque no pensaba en que era tan difícil sacarlas del agua. Uno no puede pensar en todo, y también no puede saber lo pesada que es una sierra. Y mientras se acercaba mi bote solito a la red, yo me sentía como un rey en el mar. Solo, en esa cosa blanda y dura, inmensa y viva de miles de litros de agua azul, llena de misterios y secretos, lejos de la tierra sucia. Estaba viajando, en camino a cualquier parte, mundos y países nuevos, y tal vez descubriría algo maravilloso. Miraba al cielo y al agua y pensaba tantas cosas que ni me acordaba de nadie. Y creo que me quedé dormido.

Desperté en una cama y no podía abrir los ojos. Había miles de pescados y tiburones a mi lado; los tiburones más preciosos de unos colores brillantes y luminosos, y me hablaban en un idioma muy enredado. No sé cómo los veía, porque aunque trataba de abrir los ojos no había caso. Y un olorcito y un vientecito, y un gustito de la más rica comida. Yo era una especie de rey y todos los pescados me decían cosas y me miraban como si yo fuera campeón de algo. Pero de repente, sus voces se volvieron más fuertes y comencé a entender lo que decían:

—¡Cuidado! ¡Amárralo! ¡Antes de saltar, porque se puede dar vuelta!

Total que pude abrir los ojos, y resulta que había otro bote al lado, con cuatro hombres y el Quezada. Y traían remos, y habían amarrado mi bote al suyo y tenían voces como de batalla.

Quezada y otro pescador se pasaron a mi bote y empezaron a remar hacia la playa. Los otros dos se fueron a las redes que ahora estaban muy lejos.

—¡Caramba la que nos fue a hacer! —dijo el Quezada—. Por poco se ahoga. Si llegan a saberlo en su casa, no va a ser castigo el que le van a dar.

—Es que me había quedado dormido —expliqué—. Yo pensaba ir a recoger las redes.

—Por suerte perdió el remo, porque si trata de levantar la red, se va de cabecita al agua y se acabó el cuento.

En fin, que los pescadores son tan buena gente, que nadie dijo ni palabra y me regalaron una sierra plateada con ojos de botón.

Cuando yo era chico, preguntaba lo que quería saber; ahora me contesto yo mismo. También es seña de que soy casi grande eso de que ya no me hace falta jugar con otros. Me entretengo solo y ya me acostumbré a mí y ni me aburro nunca, por suerte.



Salí a caminar solo por la playa de Ritoque. No había nadie más que yo y una gaviota. Iba por la arena mojada y suave, haciendo mil huellas hondas y con agua propia, y la ola las barría y barría hasta borrarlas. Era un juego entre el mar y yo. Si me quedaba quieto, el mar me plantaba en la arena como si mis pies fueran raíces y yo un árbol. La gaviota hacía lo mismo y yo estaba muy feliz, hasta que de repente, abrió ella sus alas y partió mar adentro. Iba en camino a la isla. Esa isla de rocas blancas que deben ser puras perlas o cosas ricas de comer, como mariscos con crema. En el camino, la gaviota se tiró tres veces al mar de picada, saltó espuma y ella desapareció. Y volvió a salir muy feliz comiendo algo. Yo la miraba plantado en la arena y hundido hasta media pierna. Pensaba que cuando

naciera mi hermana yo la traería a esta misma playa y la convidaría a la isla para que conociera sus secretos.

Y estaba pensando en eso, cuando llegó otra vez la gaviota amiga mía. Y sé puso a correr delante de mí y yo detrás de ella. Y llegamos a unas rocas y trepamos y nos internamos en el mar. A medida que íbamos saliendo afuera, las rocas picudas se iban poniendo suaves y tenían como unas lengüitas resbalosas y verdes. Y entre estas lenguas había caracoles y toda clase de cosas. Era como una mina. Porque por dentro tenían concha perla además de la comida. Y la gaviota me miraba y corría por todas partes tocando apenas el suelo. Era la dueña de casa y yo su invitado. Y yo creía que había descubierto esa roca, cuando de repente vi en el suelo una cosa blanca. Me acerqué, y era una calavera de puro hueso. Y se veía que era de otro habitante antediluviano que había vivido ahí y se había muerto náufrago. Seguramente las gaviotas le habrían sacado los ojos y toda la carne y aunque era bastante feo porque la gente antigua tenía la cara terriblemente larga, tal vez alguien lo echaría de menos y ni sabría dónde estaba esa calavera. Yo le recé un Padrenuestro y lo enterré en la arena y le puse una crucecita de caracoles para que su ánima se quede tranquila. Y la gaviota corría alrededor de su cruz y dejó un caminito de estrellas en la arena.

En la roca había un huequito como una cueva en que yo cabía justo y podría vivir ahí solo. Porque esa mina de caracoles y perlas era mi descubrimiento, y toda la arena brillaba alrededor con granitos de oro puro, y la calavera del náufrago era mía y su tumba también. La cuestión era que nadie supiera de mi riqueza. Y no estaría tan solo porque la gaviota me acompañaba y el animal es el mejor amigo del hombre. Y si no sabía qué hacer con mis riquezas le podría dar algo al señor cura para sus pobres.

Estaba muy feliz pensando en estas cosas metido en mi cueva, cuando de repente me vi rodeado de agua y el mar había tapado casi toda la roca y hasta mi cama se había hecho laguna. Miré a la playa y las olas habían borrado el caminito que hizo la gaviota alrededor de la tumba del náufrago y se habían llevado la cruz de caracoles. Todo se volvía agua y agua. Entonces me acordé de eso que dicen "subió la marea" y me entró un apuro terrible de volverme a casa.

Me trepé a la punta más alta de la roca y vi que el sol se había vuelto una bola roja inmensa. Era como un fuego, pero se iba hundiendo y hundiendo en el mar y todo se ponía rosado oscuro. El agua me cubría los pies y estaba bastante helada y la roca ya era una simple isla. La playa se veía muy lejos y me entró una idea de que ese náufrago que yo acababa de enterrar y que había descubierto esa mina igual que yo, se habría ahogado igual que me iba a ahogar yo ahora. Porque hay cuevas malditas que tientan a los hombres con sus tesoros y los entierran entre ellos. O los ahogan.

Hacía frío y estaba oscureciendo. La gaviota me miraba desde otro pico de la roca que asomaba en el agua. Yo no podía pensar, así que recé. Y entonces me vino la idea de seguir a la gaviota. Y aterrándome a la roca, sin saber si había fondo o no, me fui arrastrando metido en el agua hasta el cogote, pero sin soltarme jamás.

Y llegué donde la gaviota. Ella se fue más hacia la playa y me esperó. La seguí otra vez. No sentía ni frío y tenía tanta fuerza en las manos y en los dedos de los pies que ni las olas me botaban. Y cuando más firme me creía, ¡pum!, me hundí y me barrió una ola. Creí que me había ahogado, pero era que se había acabado la roca y había llegado por fin a la arena. Sólo que las olas me enrollaron y me fueron a dejar rodando a media playa.

Me levanté por fin y empecé a correr para ganársela a la oscuridad. Y antes de irme, volví la cabeza para no olvidarme del lugar donde estaban la mina, el tesoro y la roca.

Pero había desaparecido y todo era puro mar.

Tengo un amigo nuevo. Se llama el Chocho y su papá es contrabandista y trabaja en medias de nylon, lapiceras y whisky. Es como una tienda con patas y vende todo, pero como en secreto. Tiene cuadros pintados a pluma en los brazos y en el pecho. Conoce todo el mundo y el Chocho nació arriba de un camello.

El Chocho y yo hicimos una sociedad conyugal, y eso quiere decir que siempre andamos juntos, igual que los bueyes con su yugo. El Chocho

tiene montones de ideas y amigos y vamos al puerto a recibir paquetes, recados y encargos. Y tenemos tantos amigos que podemos subir a todos los barcos, entrar en las bodegas y casi navegar.

Desde que conocí al Chocho no entiendo cómo mi papá se preocupa de que uno tenga casa. Lo único que verdaderamente sirve es tener un buque. Tiene todo lo bueno de una casa, pero sin dirección. O sea, que nadie lleva cuentas por cobrar, no hay que cuidar jardín, tiene agua propia, luz, etc., y uno echa a andar las máquinas y viaja por el mundo entero. Y un marino no tiene necesidad de ir al colegio porque lo aprende todo al natural. Y las máquinas, los cables, las anclas y cadenas, todo es maravilloso de olor, de sólido, etc., etc. Y el mar le da a uno algo como un alma de pirata que lo infla entero. Y es como una cuna que se mece todo el tiempo. Yo ahora ni me acostumbro en tierra...

Un amigo del Chocho y mío nos convidó a viajar y nos va a llevar a conocer otros mundos. Y a lo mejor me quedaré para siempre navegando, porque así puedo conocer los caníbales, los chinos, los cocodrilos y elefantes en su propia casa.

Pasamos un día estupendo en el muelle y visitamos como ocho barcos distintos: unos de pesca, otros petroleros, otros de nylon y pitucos como palacios, otros con animales. Se ve que Dios quería hacer viajar hasta a los chanchos porque ninguno se marea a bordo.

Y después pasó esto.

Llegué a la casa y me encontré con que mi mamá y mi papá no estaban. La Domi se creía dueña de casa y muy instalada en el living con la radio tocando y dos amigos suyos: el Negro y el Corvina. Y se reían a gritos. Cuando nos vio llegar con el Chocho, se me fue encima furiosa como si fuera mi mamá. Y me retaba, la muy creída, y casi me insultaba.

¡¿Y que dónde se había metido usted, so palomilla? Y que por su culpa se tuvieron que ir a la clínica!, y que dale que dale que dale.

—¿Quién se fue a la clínica? —pude preguntarle por fin.

—La señora y el caballero —yo ni entendí.

—La señora “se va a mejorar” por su culpa —explicó.

—¿Y de qué “se va a mejorar”? ¿Amaneció enferma?

—Se “va a mejorar” de la guagua —dijo.

—¿Y por eso se fue a la clínica? ¿Y mi papá?

—Su papá se fue con ella. Y dijo que apenas usted llegara lo mande a acostarse.

Me dio toda la rabia. Si mi mamá estaba enferma la Domi no tenía por qué estar bailando con sus amigos. Y yo no le iba a hacer caso tampoco.

—Yo me voy a la clínica y no a la cama —le dije y salí dando un portazo. Que ella siguiera bailando con su Negro y el Corvina. Yo quería ver a mi pobre mamá.

Así que me fui donde el señor cura y le pedí que me llevara al puerto en su moto, y aunque él estaba bien ocupado, dejó todo por mí. Porque se dio cuenta que un hijo con su madre enferma es cosa grave.

Llegamos a la clínica bien de noche y estaba cerrada, pero al cura lo conocían y nos dejaron entrar. Y a mí me saltaba el alma con angustia de huérfano y casi ni me atrevía a caminar por los corredores. Hasta que por fin llegamos a la maternidad.

Uno cuando es detective ya sabe adivinar muchas cosas. Apenas sentí un llanto de gato, me di cuenta de que era mi hermana y se me pasó todo. Porque yo sabía que mi mamá estaría muy feliz. Y tal como yo pensaba.

El cuarto era entero blanco y la cama y la mesa de noche y mi mamá buena y sana y muy sonriente. A su lado había una cunita blanca también y mi papá tenía cara de premio gordo.

—Ven a conocer a tu hermana, Papelucho —me dijo.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Se llamará Jimena del Carmen, —dijo mi mamá.

Yo me acerqué como con vergüenza; se siente raro uno de conocer a la hermana de uno. Y era tan colorada y tan chica como un gusano. También hay que acostumbrarse a ella y ese nombre que va a tener.

—Es linda, ¿no? —dijo mi mamá.

El señor cura felicitaba a mi papá y mi mamá y bendecía a mi hermana. Yo me sentía un poco pésimo de pensar que me iba a ir a viajar para siempre y esa guagua ahí que nadie la entendía.

—Es tan chica —dije—. ¿A qué hora nació?

—Tiene tres horas de vida —dijo papá—. Y, a propósito, ¿dónde te habías metido tú?

Pero mi mamá no quería alboroto, así que habló ella:

—De ahora en adelante, Papelucho, tendrás que cuidar de tu hermanita. Los hermanos hombres deben proteger a las mujeres desde chicos.

La hermanita se puso a chillar como gato. Yo me miré mi dedo-chupete y estaba tan negro y pegajoso de aceite que no me atreví a prestárselo.

—Oiga, mamá —le dije—. Es mejor que la cuide otra persona. Se ve que es de mal carácter y hay que educarla.

Me hacía pensar en la guagua de la población y me acordaba de los barcos y la nueva vida que yo quería hacer y ahora esta complicación de proteger una hermana.

—¿Cuánto se demorará en crecer? —le pregunté.

Pero en eso llegaron visitas. Se llenó el cuarto de gente, de conversación, papel de regalos y la guagua chillando. Y de un repente, sin darme cuenta, le presté mi dedo a la Jimena del Carmen y se calló.

Y cuando se lo quité, mi dedo estaba blanco y ella parecía perro fino, con la boca y el paladar negros. Total que la enfermera metió más bochinche y gastó más algodón en lavarla y sacarle el poco de aceite. Y decidieron que yo ni me acercara más a ella. Y la pobre, tan chica y ya me tenía cariño.

Es una buena complicación tener hermana cuando uno piensa embarcarse porque tal vez ella nunca dejará de llorar hasta que yo vuelva con mi dedo mágico. Ojalá crezca luego y se las arregle sola.

Porque un marino detective no puede viajar tranquilo pensando en que lo espera una mujer para callarse.